

DISCURSO  
SOBRE EL  
ORIGEN DEL HOMBRE

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1895 Á 1896

EN EL

SEMINARIO CONCILIAR DE PAMPLONA

POR EL

*Lic. D. Florencio Trujó*

*Canónigo de la Santa Iglesia Catedral y Catedrático de  
Teología Dogmática de dicho Seminario.*



PAMPLONA:  
IMPRESA DE LIZASO HERMANOS.

—  
1895.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra

Excma. é Ilmo. Sr.:

Señores:

Si consideramos atentamente el grandioso espectáculo que nos presenta el universo, descubriremos fácilmente que entre la tierra y el cielo, entre la materia y el espíritu, entre los reinos del mundo inferior y las gerarquías del mundo superior existe un ser, anillo misterioso y sublime, cuya ausencia haría de los seres creados una cadena sin enlace, una obra mutilada, indigna por lo mismo de la sabiduría del divino Hacedor. En su naturaleza resume todas las perfecciones de las criaturas corporales, y dá principio á la perfección de las que son puramente espirituales; por cuyo motivo los antiguos le llamaron *mundo pequeño* ó *microcosmos*, y el Evangelio *omnis creatura* (1).

Si la miramos con relación al mundo material, está adornado de una triple belleza, modelo de los

(1) D. Thom. 1.<sup>o</sup> v. 91. a. 1: *Homo dicitur minor mundus, quia omnes creaturae mundi quodammodo inveniuntur in eo.*

S. Greg. M. Hom. 29 in Evang.: *Omnis creaturae nomine signatur homo. Omnis autem creaturae aliquid habet homo. Habet namque commune esse cum lapidibus, vivere cum arbóribus, sentire cum animálibus, intelligere cum ángelis. Si ergo commune habet aliquid cum omni creatura homo, juxta aliquid omnis creatura est homo.*

seres inferiores: belleza de construcción ó anatómica; belleza de funciones ó fisiológica; y belleza de expresión ó fisionómica. Si lo comparamos con el mundo invisible, hallaremos en él belleza intelectual, belleza moral y belleza social, á las que sirven de modelo las criaturas superiores.

Aunque el mundo no es obra ni conquista suya, sin embargo, lo posee como dueño; porque Dios, absorto y como admirado de esta obra maestra de su poder, dijole con amor en la aurora de los tiempos: Sé dueño y somete á tu imperio los seres todos que te rodean. Y así fué; porque sus necesidades y sus placeres hallan en todos los reinos de la naturaleza tributarios y fieles servidores. Él toma, como soberano, la morada que habita, los vestidos que le abrigan, los adornos con que se atavía, los alimentos con que se sustenta, los perfumes que respira, los remedios que aplica á sus males, las fuerzas que le alivian de sus fatigas, los instrumentos de su trabajo y la materia de sus invenciones. En ellos ejerce el poder de su inteligencia, en ellos satisface los caprichos de su imaginación en ellos dá soláz á sus sentidos.

La filosofía lo define *un animal racional*; ó con más elegancia, pero acaso con menos exactitud, *una inteligencia servida por órganos*. Y esto equivale á decir, que es un compuesto de dos elementos enteramente distintos, la materia y el espíritu; pero tan unidos entre sí, que forman un solo ser, una sola vida. No necesito decirlo quién es, si-

no exclamar con el profeta: «Dios mío, cuando miro á los cielos, obra de tus manos; á la luna y las estrellas por Ti fijadas en sus órbitas, yo me pregunto: ¿Quién es el hombre, para tenerlo así en tu memoria y honrarlo con tus favores? Lo hiciste algo menor á los ángeles, de gloria y honor le coronaste, y le constituíste sobre las obras de tus manos.» (1) «¡Qué obra maestra es el hombre! exclama el gran poeta. ¡Cuán noble por su razón; cuán infinito por sus facultades; cuán admirable y expresivo por su forma y movimientos; cuán semejante en su acción á los ángeles y en sus concepciones á Dios! Es la maravilla del mundo y el tipo supremo de los seres animados.» (2)

¿Y de dónde procede un ser tan privilegiado? ¿Cuál es su origen? ¿Es acaso el mismo que el de los animales y las plantas? ¿Es la tierra, el agua, el fuego, el aire, los peces, los gusanos? Así lo aseguraron no pocos filósofos antiguos, y así lo predicaban en parte los modernos naturalistas, á cuyo corrompido corazón interesa que Dios no exista, ó, al menos, que para nada se cuide de lo que hacen sus criaturas, singularmente el hombre; ni se tome la molestia de pedirle cuenta de su modo de obrar, sino que se contente con vivir *escondido entre las nubes, y pasearse por los polos del cielo sin considerar nuestras cosas.* (3) Cegados por todas las concupis-

---

(1) Salmo 8. vers 4, 5 y 6.

(2) Shakespeare, Hamlet, Act. 2.

(3) Job, cap. 22. v. 14.

cencias de la materia, han rasgado sin rubor los títulos nobiliarios de nuestra grandeza, que el mundo iluminado por los resplandores de la revelación, venía reconociendo á través de los siglos, para emparentarnos en su arbol genealógico con los brutos animales. A ellos se refieren estas palabras de la Escritura Sagrada: *Homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis.* (1) En los materialistas semejante proceder, aunque repugnante y depresivo, es lógico; porque quien vive y piensa morir, á semejanza de las bestias, ¿qué origen ha de pretender sino el de las bestias? Y á retroceso tan marcado hácia la antigua barbarie le llaman enfáticamente *progreso*. ¡*Lacrymas teneatis, amici!*

Rechacemos con indignación el ridículo y humillante abolengo, que pretenden regalarnos los sabios é ilustrados del día, y proclamemos muy alto que semejantes civilizadores *escudriñaron iniquidades y erraron torpemente en sus investigaciones.* (2) No es, no puede ser ese el origen del hombre. Su noble naturaleza y su elevado fin reclaman una procedencia más digna y más en armonía con aquella y con éste. Así como Dios es su fin, también es su principio; de Él viene y á Él va. El género humano que no puede avenirse con las nécias teorías de los filósofos, que le degradan y envilecen, reconoce y

---

(1) Sal. 48. v. 13 y 21.

(2) Sal. 63. v. 7.

exclama agradecido: EL HOMBRE PROCEDE INMEDIATAMENTE DE DIOS.

## I

Antes de pasar adelante, fijemos con claridad el sentido de la cuestión. No se trata aquí de investigar en particular el origen del alma, y la procedencia del cuerpo, que son los elementos constitutivos del hombre. Damos, más bien, por supuesto, que ambos han salido inmediatamente de las manos del Criador; puesto que deben su existencia á una verdadera creación, y esta es propia y exclusiva de la Omnipotencia divina. Escuchemos á la Iglesia docente: *Creo en Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra*, dicen los Apóstoles, congregados en Jerusalem, antes de esparcirse por el mundo en cumplimiento del mandato de su Maestro; y para la mejor inteligencia de esas palabras, se añade en el símbolo Niceno-Constantinopolitano: *De todas las cosas visibles é invisibles*. Aun se concreta más el pensamiento apostólico en el concilio cuarto de Letrán: (1) *Creemos firmemente*, dicen los Padres, *y confesamos con sinceridad que solo Dios es principio de todas las cosas, Creador de todo lo visible é invisible, espiritual y corporal, el cual con su virtud omnipotente, en el principio de los tiempos, crió las dos clases de criaturas, espiritual y corporal, angélica y mundana, y*

---

(1) Conc. Later. IV, cap. *Firmiter*; para la investigación.

*después la humana, que participa de las dos, y es de algún modo común á entrambas.*

En nuestros mismos días repercutió el eco de esas definiciones en el grandioso templo del Vaticano, cuando los Obispos de todo el mundo, allí reunidos, promulgaron estos cánones dogmáticos: 1.º *Si alguno negare que hay un solo Dios verdadero, Criador y Señor de todas las cosas, visibles é invisibles, sea anatema.* Y el 5.º *Si alguno se negase á confesar que el mundo y todas las cosas que en él se contienen, tanto espirituales como materiales, han sido producidas en toda su substancia por Dios, de la nada, sea anatema.*

Pero esto no es suficiente para definir cuál sea el origen inmediato del hombre; porque el compuesto humano es un todo formado por la unión intrínseca y substancial del cuerpo y del alma; y por lo mismo, aun presupuesta la existencia de estos dos elementos, exige la acción de una causa que le dé el ser en razón de verdadero compuesto. ¿Cuál es la causa próxima é inmediata de esta acción? ¿Quién es el que con su virtud poderosa juntó en uno, con tan estrecha lazada, dos elementos tan distantes, como son la materia y el espíritu? Hoy ejecuta esta acción la *naturaleza*; porque, dispuesta y desarrollada la materia del embrión en el seno de la mujer, mediante la virtud germinal y generativa, *debe* ser informada por el alma racional, según ley establecida y siempre observada por Dios. Pero este estado no ha existido siempre, sino que la vida según la



Paleontología, ha tenido en el globo terrestre verdadero principio. ¿Quién, pues, dió la existencia á los dos primeros individuos de nuestra especie, de quienes se vienen derivando los demás por generación y descendencia? Hé aquí una cuestión de la más alta importancia.

Aunque la palabra *inmediatamente*, puesta en el enunciado de la proposición, implica la acción directa é inmediata de Dios en la formación del hombre, no excluye precisamente la intervención ó cooperación de los ángeles en uno ú otro sentido, sino más bien la intervención natural de las causas segundas, predicada con entusiasmo por los naturalistas modernos.

Los escolásticos preguntan, si fué posible la intervención de los ángeles; y en caso afirmativo, si de hecho intervinieron, y cómo. La doctrina común de Padres y Teólogos es, que Dios no se valió de su ministerio. *Non angeli fecerunt nos, dice San Ireneo, nec nos plasmaverunt, nec potuerunt imaginem facere Dei, nec alius quis praeter verbum Domini* (1).— ¿Pudo Dios valerse de él? San Agustín y Santo Tomás sostienen y prueban, que los ángeles no pueden producir por sí mismos organismo alguno, sino de una manera mediata; esto es, podrán, á lo más, formar un simple mecanismo, una máquina muy bien construída, una estatua de barro; pero dar á la materia la última disposición para la recepción inme-

---

(1) *Advers. haeres. lib. 4. cap. 20.*

diata de la forma, hacer un cuerpo humano de carne, sangre y huesos, imposible; porque eso envuelve una transformación creadora, que solo compete á Dios.

No afecta á la proposición el sostener, que Dios infundió de repente el alma al barro informe é inorgánico, ó que primeramente produjo un cuerpo organizado y apto para las funciones propias de nuestra vida espiritual é inteligente, como sucede actualmente en la naturaleza, con tal que en uno y otro caso se afirme, que las sustancias sensibles y terrenas no han sido causa inmediata y verdadera de tal organismo, y que la acción divina, que dió por resultado la aparición del hombre en el mundo, fué distinta de la acción con que creó la materia y el espíritu, y del concurso que Dios, como causa primera, presta á las causas segundas en sus operaciones respectivas.

El P. Perrone, teniendo en cuenta el texto del conocido Lateranense, arriba citado, dice que la proposición, tal cual está formulada, *ad finem spectat*; y el P. Suarez la llama *doctrina cathólica*. No olvidemos, por lo que hace al caso presente, la proposición XXII del *Syllabus*: *Obligatio qua catholici magistri et scriptores omnino adstringuntur, coartantur in iis tantum quae ab infallibili Ecclesiae iudicio, veluti fidei dogmata proponuntur ab omnibus credenda*. Condenada. Y lo que dice el mismo Pontífice en otro lugar. *Catholici scientiarum cultores divinam revelationem, veluti reatricem stellam, praeoculis ha-*

*beant oportet; qua praelucente, sibi á syrtibus et erroribus caveant* (1).

## II

Los Fenicios y los Egipcios opinaron que el hombre, como los demás animales, salió de las entrañas de la tierra por pura casualidad; que en ella fué formado espontáneamente; y que no había diferencia esencial entre el hombre y los animales.

Epicuro afirmaba que la tierra, andando el tiempo, se puso en disposición de producir animales, y al hombre mismo, mediante el desarrollo de ciertos gérmes, encerrados naturalmente en su seno. Neeldham y Buffon, en tiempos modernos, han pretendido resucitar tal error, designando, como causa inmediata del hombre, las partículas ó esencias organizadoras, ó la virtud vegetativa, con que Dios adornó á la naturaleza. Aristóteles, aunque más inclinado á la opinión de que la generación de los seres vivientes, incluso el hombre, ni tuvo principio ni tendrá fin, dijo hipotéticamente: *Si se ha de poner en los animales algún principio de existencia, y han provenido de la tierra, es cosa manifiesta que comenzaron, procediendo de algún gusano ó de algún huevo* (2).—El filósofo San Justino (3) echaba en cara á los griegos lo ridículo de su teología, que

---

(1) Pius IX Lit ad Archiep. Monac. et Trisgn. 21 Decemb. 1863.

(2) Lib. 3.º De geuer. animal.

(3) Cohort. ad Graecos. p. 2, 3 y 4.

hacia procedentes del agua á los mismos dioses, y lo absurdo de su filosofía, que ponía por principio de todas las cosas ya el agua, según Thales de Mileto, ya el fuego, según Heráclito, ora el aire, en opinión de Anaxímenes, ora los átomos incorruptibles de la materia, en sentir de Epicuro Ateniense, y hasta los cuatro elementos dichos, según la doctrina de Empédocles. Pero, al aparecer la esplendorosa luz del Evangelio, y en presencia de sus purísimas enseñanzas, la filosofía materialista comenzó á huir precipitadamente á los antros del olvido, quedando definitivamente arrinconada en la obscuridad y en las sombras, cuando el Cristianismo triunfó por completo de la idolatría con la conversión de Constantino. Nadie pensó ya entre los cristianos, sino para refutarlo, en el grosero origen señalado al hombre por los pueblos de la antigüedad y sus más esclarecidos filósofos.

En nuestros tiempos el materialismo pagano ha vuelto á levantar la cabeza. Desechando la antropogonía de Moisés, que califican de fábula, los racionalistas modernos han resucitado los antiguos errores, ataviados, para deslumbrar á los incautos, con un nuevo ropaje científico, que ha seducido á muchos. Lamark en el siglo pasado y Darwin en el presente son los campeones y portaestandartes del materialismo con relación al origen del hombre. El transformismo, hoy de moda, y alabado excesivamente por los modernos sábios epicúreos, no debe el éxito que ha alcanzado á su valor y mérito intrín-

seco, muy insignificantes, sino á su conformidad con el ambiente ateo y panteísta, que se aspira en no pocos centros de enseñanza. A esto es debido que Alemania sea el baluarte principal del darwinismo. *El punto de vista panteístico*, dice Hoffman, *hoy día dominante, al parecer, entre los naturalistas, lleva á los hombres, por una suerte de deducción lógica, irresistible é inevitable, á la hipótesis de la descendencia; si bien procediendo por inducción, ó sea por el camino de la experiencia, se llega á un resultado enteramente contrario* (1). ¿Se quiere más claro?

Añádase á esto que la filosofía de nuestros días tiene marcadas tendencias á la unidad absorbente y destructora de toda variedad intrínseca; y por eso en todos los ramos del saber procura destruir las barreras naturales, que hasta el presente se consideraban establecidas por el mismo Dios, para que reinase ese hermoso conjunto de unidad y variedad que llamamos mundo. De aquí es que, si aplicada á la metafísica, causó la unidad filosófica del panteísmo, y aplicada á la religión y á la política, tiende á formar las monstruosas unidades del indiferentismo religioso y de la democracia universal; aplicada al estudio de los seres naturales y físicos, había de producir la unidad física del transformismo.

Debe también tenerse en cuenta que, al aparecer Darwin, flotaban en el charco inmundo de la filosofía materialista los principios fundamentales de

---

(1) Investigaciones para determinar el valor de las especies y de la variedad.

su famoso sistema, y solo esperaban la acción de un hombre que, animado del espíritu racionalista, los ordenára y juntára con la fuerza de su ingenio. Predicada por muchos naturalistas la transformación indefinida de los organismos; la lucha ó concurrencia universal por Hobbes, Adam Smith y Malthus; la victoria del más fuerte en la lucha por la vida, por Spencer; y la selección natural, aunque con distinto nombre, por Empédocles, Lucrecio y el mismo Spencer; solo restaba al naturalista inglés congregar en un cuerpo de doctrina ideas ya corrientes, y amparar á la naturaleza con aquellas personas que se dedican á criar artificialmente nuevas plantas ó animales, mediante la selección de los séres más acomodados al caso.

Hé aquí las causas que han influído en la propagación del darwinismo. La base en que estriba, como en fundamento, todo el sistema transformista, es la siguiente: La multiplicidad de especies en el mundo orgánico es ilusoria: solo existe una, que se va modificando *accidentalmente* en sus diversas variedades, conforme á las circunstancias del *medio* en que se mueven los séres organizados. Todos los vivientes, así plantas como animales, que han poblado y pueblan el mundo, no presentan diferencia alguna esencial, no habiéndola tampoco entre el animal y el hombre, que solo es una bestia más desarrollada y perfecta. Animales y hombres son puras máquinas, fabricadas casualmente por las combinaciones de los átomos; y entre las fuerzas moleculares, or-

gánicas, sensibles é intelectuales, solo existen diferencias accidentales, originadas de circunstancias casuales y pasajeras.

La variedad de formas y acciones, que existe en el mundo orgánico, proviene del diverso ejercicio que los séres hacen con sus órganos en virtud de cierto instinto vago, que los impele fuertemente á buscar su propia utilidad, acomodándose á las variables circunstancias del mundo externo. Ese diferente ejercicio de los órganos debe por fuerza producir, aunque lentamente, una completa transformación en el organismo entero y en los hábitos y acciones; porque, así como con el uso se perfeccionan los órganos, con el no uso tienden á un estado imperfecto y rudimentario. Lamark, de quien es esta explicación, procura corroborarla con los ejemplos siguientes: «El pájaro, dice, va al agua á buscarse el sustento, y ensancha los dedos para removerla y ponerse á sí propio en ejercicio. Con la repetición de estos actos la piel se va dilatando, y con el tiempo se le forman las anchas membranas que unen unos con otros los dedos del ánade, de la oca, etc... La jirafa habita en el interior del Africa, donde la extrema aridez del suelo la compele á alimentarse de las hojas de los árboles, haciendo esfuerzos para conseguirlo. Con esta costumbre, conservada por largo tiempo en todos los individuos, ha llegado á adquirir en el cuello y en las extremidades anteriores una longitud tal que levanta la cabeza hasta seis metros de altura.»

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

Darwin dice que, así como la industria humana, mediante una selección diligente de plantas ó de animales, obtiene mejores y hasta nuevas clases, que sin tal selección no hubieran existido, del mismo modo la naturaleza, con una selección lenta, pero constante, y aprovechando las circunstancias favorables al efecto, ha llegado á producir organizaciones más perfectas y nuevas. Los organismos de las primeras épocas del mundo eran muy sencillos, pero, gracias á la operación constante de la *selección natural*, ha podido llegar la naturaleza hasta la maravillosa máquina del cuerpo humano. Pero, ¿cómo se verifica esa selección de séres más perfectos que los otros de su clase? Por la *concurrència vital*, ó la lucha por la vida, en virtud de lo que son impulsados á ingeniarse para no perecer, á combatir los obstáculos que se opongan á su mantenimiento, á reñir batallas con aquellos séres, que siendo de su misma especie, tienen la misma clase de alimentación, que quizá no es bastante para todos ellos. El victorioso naturalmente ha de ser el más fuerte, el mejor organizado, el más perfecto. Triunfante, vigoroso, revestido de nuevos encantos, por la modificación de su naturaleza, hace valer sus prerogativas contra los que le disputan el ser, con quien pretende unirse, y que será de lo mejor de su clase, para transmitir sus singulares perfecciones á sus descendientes. A esto llama Darwin la *selección social*. Y, como la Naturaleza es tan prudente en todas sus operaciones, y nada hace que no se encamine á



realizar el progreso en sus artefactos, de tal modo fabrica los diferentes órganos en cada uno de los nuevos séres, que nunca olvida la *correlación del crecimiento*; pues, de otro modo, ningún nuevo órgano sería útil al que lo posee, sino más bien inútil y nocivo. Así al transformar el organismo en una parte, establece las modificaciones convenientes en las demás, de modo que el conjunto resulte proporcionado y armónico, con aptitud en todas las partes para la conservación del todo. Vaya un ejemplo: Al convertir al mono en hombre, ensanchándole el cráneo, y dándole una víscera poderosa para segregar la materia fosfórica del pensamiento, le fué imprimiendo la estación vertical, le redondeó las orejas, le hizo más cortas las extremidades anteriores, le quitó casi todo el vello del cuerpo, y le suprimió la cola, resultando un artefacto perfecto, cual lo contemplamos. No se olviden las emigraciones y la influencia de otros medios, y se comprenderá fácilmente cómo de transformación en transformación un *briozoico* ha podido llegar á ser un *cetáceo*, un *gubio*, una *águila*, el humilde *topo*, un *elefante*, y... el *murciélago*, un *hombre*.

### XXX

No todos los partidarios de la evolución transformista la explican de la misma manera. El transformismo es de dos clases: *materialista* y *espiritualista*. Aquel no admite diferencia alguna esencial entre

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

los seres del mundo orgánico, incluso el hombre: este establece diferencia esencial, al menos entre el hombre y los demás seres organizados; pues atribuye al alma humana una naturaleza muy superior á la de los brutos. Uno y otro tienen además sus divisiones propias y peculiares, en conformidad con las miras y opiniones de sus respectivos defensores.

Los ateos, deistas, panteistas alemanes y materialistas de todo el mundo admiten la transformación en toda su latitud, estableciendo como principio fundamental, la generación espontánea, suponiendo que la vida no es más que el movimiento molecular de los cuerpos. Por eso Büchner se irrita contra Darwin, que acude á la Omnipotencia divina para producir los primeros organismos que él llama prototipos, y añade que su teoría es *defectuosa* por esa razón, y *capáz de dar por sí sola al traste con todo el sistema de la evolución*. Según éste, el hombre es un organismo perfeccionado, un puro y simple animal, que atestigua por la semejanza de su cuerpo con el mono, que desciende de este imperfecto antepasado. (1)

Los darwinistas *puros* niegan la generación espontánea, y atribuyen á la acción directa de Dios la aparición de la vida en el mundo, concediendo á las fuerzas moleculares la facultad de convertir un organismo en otro, y de llegar de este modo hasta la fabricación del más complejo artefacto, cual es el

---

(1) El hombre según la ciencia.

el organismo humano. Estos se hallan á enorme distancia de los anteriores; pero, como no admiten diferencia esencial, sino de grados, ó de perfección accidental, entre la vida del hombre y la de los vegetales y animales, no pueden librarse de la nota de materialistas. Darwin dice: «El hombre, tocante al modo de su aparición en el mundo, debe entrar en una misma fórmula general con los demás seres organizados. Apenas queda género de duda de que el hombre es un vástago de la rama de los monos del antiguo continente, y de que, bajo el punto de vista genealógico, debe ser colocado con la división de los monos del antiguo mundo. Debemos concluir, por más chocante que pueda aparecer esta consecuencia para nuestro orgullo, que nuestros progenitores primitivos habrían sido exactamente designados como verdaderos monos. (1)

Finalmente, los darwinistas *mitigados* recurren á la acción de los espíritus celestes, para que estos dirijan con su sabiduría los movimientos de la materia, y la ayuden á producir las transformaciones que sola nunca hubiera podido realizar; pero no admiten en los seres transformados otra diferencia, que la que suele mediar en las variedades obtenidas por medio de la selección artificial y la industria humana. Queda, por consiguiente, el hombre, aun en esta opinión, en la categoría de *bruto*, hábilmente perfeccionado, eso sí, por arte de la inteligencia angé-

---

(1) El origen del hombre.

lica, que supo modificar el embrión de un animal inferior; pero bruto, al fin, y tan verdadero como os que pueblan las selvas. Lo que hasta ahora se decía de la mona, se puede aplicar á los hombres:» *Simia semper est simia, quamvis aurea gestet insignia.*

En el transformismo *espiritualista* hay igualmente tres clases. La primera concede á las fuerzas de la naturaleza, abandonada á sí misma, la virtud de formar el organismo humano, disponiendo convenientemente la materia, para que Dios con la virtud omnipotente de su palabra saque de la nada el alma racional, y la una estrechamente con ella en unidad de substancia.

La segunda no va tan adelante: admite un transformismo puro y neto para todos los seres organizados, inferiores al hombre; pero niega que las causas naturales sean por sí solas capaces de formar un organismo tan perfecto, que exija naturalmente ser animado por una forma substancial, subsistente por sí misma, cual es el alma humana. De modo que aunque Dios hubiera tomado el cuerpo de un mono para materia del organismo del primer hombre, Él mismo, ó por sí ó por sus ángeles, debió transformar previamente su organismo, para que fuese digno consorte del alma racional, que en él había de introducir.

La tercera clase apela á la intervención de las causas espirituales, Dios ó los ángeles, para toda transformación orgánica, que exija la introducción de una forma substancial *esencialmente* distinta. Los

defensores de esta opinión convienen con los darwinistas *mitigados* en atribuir á los seres espirituales la derivación de los organismos; pero se diferencian muchísimo de los mismos, porque admiten *verdadera* y *substancial* diferencia entre los seres organizados; y en las especies una fijeza tal, que no pueden por sí solas salir del cerrado círculo donde la naturaleza las colocó, ni cooperar á una nueva transformación substancial, sino de un modo material y pasivo. Según los secuaces del darwinismo *mitigado*, los seres invisibles intervienen en las transformaciones de los seres orgánicos, como *simples educadores* de la naturaleza; su oficio consiste en obrar, al modo de aquellas personas, que, por afición ó conveniencia, se dedican á la cría de *razas nuevas*. Son como el cocinero, que aplica el fuego á las viandas, para que este elemento, con su virtud natural, produzca en ellas ciertas y determinadas modificaciones. Su acción, pues, respecto del efecto ó de la transformación es puramente indirecta, es decir, directora de los agentes naturales, que son la causa verdadera y próxima. Pero en sentir de los *espiritualistas* el Ser suprasensible es la causa verdadera é inmediata, y la materia solo constituye un elemento pasivo y capaz de ser informado; aquel es el verdadero agente, que propiamente produce el nuevo compuesto, sacándolo con la eficacia de su virtud, de la *potencia* de la materia, convenientemente dispuesta al efecto. Es el alfarero que se sirve del barro para modelarlo á su arbitrio, y hacer de él las vasijas que le parezca,

sujetándolo antes á las operaciones convenientes; ó el cocinero que prepara las viandas, sin aguardar á que la acción natural del fuego concorra con él á la preparación; porque las fuerzas naturales, ni solas, ni bajo la dirección de un agente sobrenatural, pueden *por sí solas* producir ser alguno superior al suyo. Los ángeles, según aquellos, sacan unos seres orgánicos de otros menos perfectos, aplicando los elementos activos á los pasivos, como el maquinista mueve la máquina, poniendo en juego la fuerza del vapor, y el soldado mata al enemigo, disparando su fusil; según estos, en la derivación de los organismos, no la aplicación de los elementos, sino su misma acción es la que corresponde á los ángeles. Como estos niegan á la simple naturaleza la potestad de engendrar órganos nuevos, que produzcan en la organización un cambio radical, y por lo mismo, admiten la fijeza de las especies, rechazan la esencia del transformismo materialista, que consiste en hacer una sola especie de toda la naturaleza orgánica, y no pueden llamarse transformistas propiamente tales, sino en sentido lato; porque no admiten la transformación de un organismo en otro, practicada por solas las fuerzas naturales, ora abandonadas á sí mismas, ora erigidas por un ser superior inteligente.

Expuesto el sentido de la cuestión y enumerados los múltiples errores, antiguos y modernos, que á ella se oponen, tomemos en una mano el libro de la revelación y en la otra el de la naturaleza, ambos

escritos por el supremo Hacedor, y, dirigidos por los Santos Padres para la recta interpretación de aquel, y de los más ilustres naturalistas para la clara inteligencia de este, procedamos á probar la proposición.

#### IV

Asistid conmigo y presenciad un espectáculo sublime. Nos hallamos en la tarde del día sexto de la creación, hora en que Dios acaba de aprobar solemnemente todas las obras que ha realizado, y que constituyen los tres reinos de la naturaleza; el mineral, el vegetal y el animal. Dios, al parecer, ha suspendido por un momento su actividad creadora; pero su plan no ha terminado todavía. Reconcentrado en sí mismo, diríase que medita la producción de algún otro ser muy superior á los que acaba de sacar de los abismos de la nada, con ser tan bellos, al eco de su palabra omnipotente. Y así es. El consistorio divino ha terminado; la resolución de las personas divinas es un hecho. Dios va á hablar. Escuchemos reverentes su majestuosa palabra. *Hagamos*, dice la Trinidad augusta, *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y las bestias, y toda la tierra, y todo reptil que en ella se mueve. Y crió Dios al hombre á su imagen; á imagen de Dios lo crió; macho y hembra los crió* (1).

---

(1) Gen. 1. 26 y 27.

Ya lo oís: el ser, que acaba de aparecer en el mundo, es superior á los ya criados, por ser imagen y semejanza de Dios, por conferírsele la soberanía y dominio de todos ellos, por condensar en sí todas las perfecciones del mundo mayor, y por la consideración con que el Criador procede al fabricarlo. En las obras que han precedido á esta, *ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt*; ha mediado un mandato riguroso; el imperativo *fiat*; en esta nada que implique mandato ó imperio, sino bondadoso consejo. *Hagamos*, dice Dios. En la producción de los demás vivientes, ora animales, ora plantas, descúbrese la intervención de las fuerzas naturales, de una ú otra manera: *Produzca la tierra yerba verde y árboles fructíferos.* (1) *Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias y reptiles y animales de la tierra, según sus especies.* (2) *Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuela sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.* (3) Al llegar al hombre, nada de causas segundas, nada de intervenciones extrañas; Dios lo hace todo, como causa eficiente única, no siendo el barro otra cosa que mera causa material y receptiva. ¿No os convence el lenguaje del historiador sagrado? ¿Queréis algún detalle más, tratándose de un hecho de tanta magnitud y en el que tan interesados estamos? Leed lo

---

(1) Gen. 1. 11.

(2) Gen. 1. 24.

(3) Gen. 1. 20.



que dice en el capítulo siguiente y quedará satisfecha vuestra curiosidad, y convencida vuestra razón: *Formó Dios al hombre del barro de la tierra; héos ahí el cuerpo: é inspiró en su rostro soplo de vida: aquí tenéis el alma; y fué hecho el hombre en ánima viviente:* (1) tenéis ya el compuesto humano completo. El hombre como veis, ha resultado de una doble acción, y su agente único es Dios. ¿Hay razón alguna para que, rectificando la narración bíblica, que es clara y terminante, supongamos la intervención de otro agente extraño? ¿No debe más bien producir en nosotros un profundo agradecimiento procedencia tan elevada, origen tan alto y genealogía tan digna y noble? Digamos, pues, con el paciente Patriarca de Idumea: *Tus manos, Señor, me formaron y coordinaron todas las partes de mi cuerpo. Acuérdate, te ruego, que me formaste como de una masa de barro, y que me has de reducir á polvo. ¿Acaso no me hiciste, como se hace el queso de la leche cuajada y exprimida? Vestísteme de piel y carne, y con huesos y nervios me organizaste. Me diste vida, y usaste conmigo de misericordia, y tu protección ha conservado mi espíritu.* (2) *Tú formaste á Adán de lodo de la tierra,* dice el Señor al santo Tobías. (3) *Tú eres nuestro Padre,* añade Isaías, *y nosotros barro; y tú nuestro alfarero y obras de tus manos todos*

---

(1) Gen. 2. 7.

(2) Job. 10. 8.

(3) Tob. 8. 8.

nosotros. (1) *Dios crió al hombre de la tierra y lo hizo según su imagen*, afirma el Eclesiástico. (2) *También yo soy hombre mortal*, exclama Salomón, *semejante á todos, y del linaje de aquel terreno que fué hecho el primero*. (3) El Real Profeta, que dirige á Dios las mismas palabras que Job le dirigiera en el texto citado, hace una alusión muy marcada á la narración de Moisés, cuando dice: *Ipse cognovit figmentum nostrum. Recordatus est quoniam pulvis sumus*. (4) Eliu, amigo de Job, le dice á éste entre otras cosas: *El espíritu de Dios me formó y el soplo del Omnipotente me dió vida. A mí, como á tí, me hizo Dios, y del mismo barro que tú he sido yo formado*. (5) Después de tantos y tan luminosos testimonios tendré necesidad de apelar á la verdad infalible, que, al dirigirse á los fariseos, que le habían propuesto un caso relativo á la indisolubilidad del matrimonio, les contesta: *Non legistis quia qui fecit hominem ab initio, masculinum et feminam fecit eos?*, haciendo marcadísima alusión á los textos arriba citados del Génesis. (6) Pasemos ya á los Santos Padres, cuya manera de pensar en la materia no nos dejará lugar á duda.

Los Padres distinguen con claridad tres acciones en Dios: la creación de la materia, la formación

---

(1) Is. 64. 8.

(2) Ecc. 17. 1.

(3) Sap. 7. 1.

(4) Ps. 110. 14.

(5) Job. 33. 6.

(6) Math. 19. 4.

del cuerpo humano y la inspiración del alma. Oid á la Iglesia de Oriente que nos habla por boca del más célebre de sus teólogos, San Gregorio Nazianceno: *Hoc cum artificii Verbo osténdere placuisset, anima unum ex utroque, hoc est, ex invisibili ac visibili natura, hominem fabricatur, atque á materia, quæ prius jam creata erat, corpus accipiens, á se autem spiráculum inserens, velut alterum quemdam mundum, in parvo magnum, in terra collocat.* (1) Escuchad ahora á San Agustín, gran doctor de la de Occidente: *Etsi de terræ púlvere Deus finxit hominem: eadem terra, omnisque terrena materia omnino de nihilo est, animamque de nihilo factam dedit corpori, cum factus est homo.* (2) Luego no concluye el argumento de aquellos transformistas, que dicen: Dios no crió de la nada el cuerpo de Adán; luego fué producido por evolución de las fuerzas naturales, y por consiguiente no procede inmediatamente de Dios; puesto que en los textos citados se reconoce una acción especial de Dios en la formación del hombre primero, distinta de la creación de la materia.

San Gregorio Magno (3) hace notar la superioridad del hombre sobre los demás seres, fundándose en la singular intervención de Dios en la formación del mismo. *Quamvis per coeternum Patri Verbum cuncta creata sint, in ipsa tamen relatione creationis osténditur, quantum cunctis animalibus, quantum re-*

---

(1) Orat. 38.

(2) De Civit. Dei 1. 14. c. 11.

(3) Moral. 1. 9. c. 49.

*bus vel cœlestibus, sed tamen insensibilibus, homo præferatur. Cuncta quidem dixit et facta sunt. Cum vero facere hominem decernit, hoc quod reverenter pensandum est, præmittit dicens: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Ut videlicet, quia rationalis creatura condebatur, quasi cum consilio facta videretur. Quasi per studium de terra plasmatur et inspiratione conditoris in virtute spiritus vitalis erigitur: ut scilicet non per jussionis vocem, sed per DIGNITATEM OPERATIONIS existeret, qui ad conditoris imaginem fiebat.*==Esto mismo cantó elegante-mente el poeta cristiano Prudencio en su Apoteosis.

*«... tanta est dilectio nostri!*

*Dignatur præpinguis humi comprehendere mollem*

*Dicinis glebam digitis; nec sordida censet*

*Haerentis massae contagia...*

*Solus homo emeruit Domini formabile dextra*

*Os capere, et fabro deitatis figmine nasci.»*

Del mismo sentir es el célebre abad Ruperto en sus comentarios sobre Habacuc: *Equidem caeli et terra et mare et omnia quae in eis sunt, opera sunt Domini; sed homo quoddam opus speciale est Domini, opus manuum Domini. Nam dixit Deus de caeteris, et facta sunt; ut autem hominem faceret, assumpsit lutum et plasmavit et fecit opus manuum... Ergo etsi caetera Dominus operatus est, homo tamen proprium quoddam opus manuum Domini est.*

Tertuliano admira y ensalza la formación del hombre sobre la de las demás criaturas, reputándola como una obra especial de la divina omnipotencia.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

*Adeo magna res agebatur, qua ista materia (la del cuerpo humano) exstruebatur. Itaque toties honoratur, quoties manu Dei pátitur; dum decernitur, dum deducitur, dum affingitur. Recógita totum illi Deum occupatum ac déditum, manu, sensu, opere, consilio, sapientia, providentia et ipsa imprimis affectione, quae lineamenta ducebat. (1) Y añade: Haec, cum ita sint, habes et limum de manu Dei gloriosum, et carnem de afflatu Dei gloriosiore, quo pariter carnis et limi rudimenta deposuit et animae ornamenta suscepit. (2)*

Sea el último anillo de esta hermosa cadena el testimonio de San Juan Crisóstomo; *Magnum est quod Moyses dicit, et stupore plenum, humanamque transcendens mentem... Et formavit, inquit, Deus hominem, pulverem accipiens de terra. ¿Quid dicis? Acceptone de terra pulvere, formavit hominem? Etiam, inquit, et non simpliciter; nec quamlibet fortuito terram dicit, sed pulverem... Magnum tibi et admirabile videtur, quod dictum est; verum si cogites quis ópifex, neutiquam fidem habere facto recusabis, sed miráberis et adorabis Conditoris potentiam. (3)*

A la voz imponente y unánime de los Santos Padres, griegos y latinos, debemos añadir la de los doctores de todas las escuelas católicas más célebres, por ser los continuadores de la tradición de los siglos subsiguientes. Santo Tomás, príncipe de todos

(1) De Resurr. carn. c. 6.

(2) id. c. 7.

(3) In Gen. Hom. 12.

ellos, (1) pregunta: «Si el cuerpo humano fué producido inmediatamente por Dios;» y contesta: *Prima formatio humani corporis non potuit esse per aliquam virtutem creatam, sed inmediate á Deo*. Y al final del artículo se expresa de este modo: *Quia corpus humanum numquam formatum fuerat, cujus virtute per viam generationis aliud símile in specie formaretur, necesse fuit quod primum corpus hominis inmediate formaretur á Deo*. El eximio P. Suarez siente del mismo modo: *Dicendum est corpus Adae á solo Deo-fuisse inmediate productum, seu formatum... Assertio posita catholica doctrina est, quam tradit divus Thomas et consentiunt caeteri theologi et Patres... Organizatio corporis primi hominis á solo Deo fieri potuit*. (2) El Agustiniiano Berti, aunque defiende la interpretación alegórica de los seis días de la creación, fundado en San Agustín, sostiene con el mismo, que el hombre fué inmediatamente creado por Dios. (3) Conviene por fin con esta sentencia el parecer de Dupasquier, teólogo escotista (4).

Las cuatro escuelas católicas, tomista, jesuíta, agustiniana y escotista, se hallan, por consiguiente, conformes con la doctrina de los Padres, sin que podamos temer, que la gritería de unos cuantos materialistas ahogue ese magestuoso y armónico coro de voces de Padres y Doctores.

---

(1) P. 1. q. 91. a. 2.

(2) De op. sex dier. 1. 3. c. 1. 4 et 6.

(3) C. 11. c. 2 y 1. y 12. c. 2. de theol. discip.

(4) De hom. creat. disp. 2. q. 1.

## V

¿Y la mujer tiene el mismo origen que el hombre? El agente es el mismo, pero el modo es muy distinto; es decir, que, á semejanza del hombre, procede inmediatamente de la acción divina, aunque por diverso procedimiento. Tiene la palabra el Historiador sagrado: (1) Dijo el Señor Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él.» Y, poniendo en ejecución su deseo, «hizo caer en Adán un profundo sueño; y, habiéndose dormido, tomó una de sus costillas y llenó de carne aquel vacío. Y de la costilla que había tomado de Adán formó el Señor Dios una mujer y la puso delante de Adán.» Al cesar el magnetismo divino, Adán despierta, y, viendo á la mujer, se conoce á sí propio. Es él mismo, con algo menos de fuerza, pero con más delicadeza, con algo menos de bizarría, pero con más encantos. Contempla, admira, se conmueve, se regocija, y su amor casto inspirado por el Espíritu Santo, abre sus labios para cantar este célebre epitalamio, que vendrá á ser la ley fundamental de la familia: «He aquí un hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta será llamada varona, porque del varón fué tomada. Por lo cual dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer: y serán dos en una carne.» (2) Este es el origen de

(1) Gen. 2. 18 y 21-22.

(2) Gen. 2, 23 y 24.

la mujer, según la Biblia. Ya sé que Cayetano dijo, y repitió Voltaire, que esta narración es puramente alegórica; pero ¿se puede admitir tan peregrina afirmación? ¿Media algún inconveniente, para que se tome en sentido literal, cuando así se toma la narración relativa á la formación del hombre? ¿Es acaso más difícil para Dios formar de una costilla, que formar del barro? ¿No es tan hacedero aquello, como esto, para quien puede sacarlo todo de la nada? La exégesis, el contexto, el paralelismo, los Padres, la razón, todo conspira en favor del sentido propio y literal.

Según San Agustín (1) en la interpretación de la Sagrada Escritura, debemos seguir el sentido propio, y no el figurado, cuando se trata de cosas relativas á la fé y costumbres, y ¿quién puede poner en duda que la producción de la mujer, referida por Moisés, y literalmente entendida, contribuye mucho al amor del hombre hacia ella, y á la sujeción de la mujer á él? Se trata además de un libro histórico, y, como dice el mismo Santo: *Narratio in his libris non genere locutionis figuratarum rerum est, sicut in Canticis Canticorum, sed omnino gestarum, sicut in Regnorum libris et hujuscemodi caeteris.*» (2)

Si lo escrito acerca de la formación de la mujer es una pura alegoría, ¿cómo Adán, al despertar, la llama hueso de sus huesos, carne de su carne y varona, porque de varón fué tomada? ¿Podemos supo-

(1) L. 3. de Doct. chr. c. 10.

(2) De Gen. addit. l. 8. c. 1.



ner que Adán, en momentos tan solemnes, hablara con tan poca exactitud?

La exposición literal, por otra parte, nos da la clave para la inteligencia de otros pasajes de la Escritura, sin aquellos inexplicables. San Pablo dice á los sabios atenienses del Areópago: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, hizo de uno solo todo el género humano, para que habitase en toda la haz de la tierra.» (1) A Timoteo: «Adán fué formado el primero, después Eva.» (2) A los Corintios: «El hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre.» (3) Dios crió al hombre de la tierra, dice el Eclesiástico, y lo hizo según su imagen...» «Crió de él mismo una ayuda semejante á él.» (4) ¿Quién es esta ayuda sino Eva? ¿Puede ser literal el sentido del primer texto y alegórico el segundo? ¿Cuál es la razón de semejante diferencia?

Hablando San Basilio de la creación del hombre, reprende á los que, dejando el sentido literal, inventan alegorías infundadas, y exclama: *Ego cum foenum audio, foenum intelligo; et plantam et piscem et bestiam et pecus: omnia, uti dicta sunt, sic accipio; non enim erubescio Evangelium.* (5)

Y añade San Jerónimo: *Credit quispiam in conditorem Deum? non potest credere, nisi prius credide-*

---

(1) Act. Ap. 17, v. 26.

(2) Ad Timoth. 1.<sup>a</sup> cap. 2. 13.

(3) 1.<sup>a</sup> ad Chor. 11. 8.

(4) Eecli. 17. 1 y 5.

(5) Hom 9 in Hex. n. 1.

*rit de Sanctis ejus vera esse quae scripta sunt; Adam á Deo plasmatum, Evam ex costa illius et látere fabricatam...* (1) Oid también á San Agustín: *Dormit Adam, ut fiat Eva; moritur Christus, ut fiat Ecclesia; Dormienti Adae sit Eva de látere; mortuo Christo, lancea percutitur latus, ut profluant sacramenta, quibus formetur Ecclesia.* (2) Además el Papa Inocencio III en el cap. GAUDEMUS *De divortiis*, dice: *Ab initio una costa in unam foeminam est conversa.*

Santo Tomás no solo admite el sentido literal, sino que aduce varias razones para probar la conveniencia de que la mujer fuera formada del hombre, y lo fuera de una costilla; añadiendo que esto sólo Dios pudo hacerlo inmediatamente. *Solus Deus potuit vel virum de limo terrae, vel mulierem de costa viri formare.* (3) De modo que á la opinión de Cayetano podemos aplicar aquel vulgar aforismo. *Dime con quién andas, y te diré quién eres.* Porque, excepción hecha de algunos origenistas antiguos, y de los modernos racionalistas, que la han abrazado, todos los Santos Padres y Doctores escolásticos están por el sentido literal.

Finalmente, las palabras usadas por Moisés, importan acción ó acciones de parte de Dios; porque dice de Él que *tomó*, que *llenó*, que *edificó*; luego, aun cuando se quiera suponer alguna metáfora en lo hecho, ó en el modo de ejecutarlo, necesariamente

---

(1) Comm. in Ep. ad Philem.

(2) In Joan. tract. 9. n. 10.

(3) P. 1. q. 92. a. 4.

deben significar alguna acción; pues de otra suerte no puede salvarse la verdad de la narración: y de hecho no se salva con las significaciones alégoricas que aduce Cayetano.

Se me dirá que, admitido el sentido literal, se sigue el inconveniente de que el cuerpo de Adán era ó monstruoso antes, ó manco después de la extracción. Lo primero, si la costilla era supérflua, ó sobreañadida á las que el hombre tiene naturalmente; lo segundo, en el supuesto de que fuera necesaria. Hay dos soluciones. Aunque Adán hubiese sido formado con una costilla más que nosotros, no resultaba monstruoso su cuerpo, por ser necesaria aquella á su perfección integral, en calidad de principio de toda la especie humana. y además natural *ex institutione Auctoris naturae*, que quiso formarle de ese modo, para que todos procedieran de él hasta la primera mujer; y así, aunque como hombre no le fuera necesaria, le era como primer hombre, atendido el plan divino; porque monstruoso se dice lo que sucede casualmente, *per accidens* y *praeter intentionem naturae*; y lo que aquí se realizó fué *per se, ex intentione Auctoris naturae*, y para bien de la naturaleza misma; porque, siendo oculta, ni aparecía deformidad alguna, ni mudaba la figura del cuerpo, ni aumentaba su magnitud, ni era impedimento para las acciones, ni comunicaba imperfección alguna; y en caso de que por ella hubiera alguna pequeña imperfección, no era permanente, sino por brevísimo tiempo, no resultando de ello inconveniente alguno.

Otros dicen que la costilla de Adán, con que Eva fué formada por Dios, pertenecía al número de las que todos tenemos, sin que de esto se siga que nuestro primer Padre quedó con un cuerpo mutilado; porque Dios le susstituyó inmediatamente con otra. El texto sagrado dice: *replevit carnem pro ea*; y no se ha de entender en sentido exclusivo, sino que llenó el vacío con una costilla vestida de carne. El mismo contexto autoriza esta interpretación; porque poco antes dice: *tulit unam de costis ejus*; y Adán, al despertar, no sólo afirma que su mujer es hueso de sus huesos, sino también carne de su carne. Si aquí la costilla implica la carne ¿no podrá razonablemente entenderse por la carne juntamente la costilla?

BND  
VI

Dejemos ya el campo de la teología, y pasemos al de la filosofía en que nos aguardan, confiados en la victoria, los modernos *naturalistas*. Después de hojear el libro de la revelación, y de escuchar á los Padres y Doctores de la Iglesia, abramos el libro de la naturaleza, y oigamos con gusto las observaciones que han dejado escritas los hombres más eminentes en esta clase de estudios. Marchemos á paso firme, sin temor; pues que el resultado ha de sernos favorable; porque el transformismo tiene un defecto capital, que consiste en exagerar la experiencia, y el nervio de toda su argumentación está en deducir de la posibilidad la existencia del hecho.

¿Puede admitirse el principio fundamental de nuestros adversarios, cuando afirman, que la multiplicidad de especies en el mundo orgánico es ilusoria, que solo existe una, que se modifica accidentalmente en diversas variedades, conforme á las circunstancias del *medio*, en que se mueven los seres orgánicos, los cuales no tienen diferencia alguna esencial, y que la transformación de los mismos es indefinida? Los más célebres naturalistas, Buffon, Blainville y Quatrefages, entre otros que pudieran citarse, hacen distinción entre las especies, razas y variedades, y establecen como ley fundamental é invariable, demostrada de un modo irrecusable por la experiencia constante de todos los siglos: Que las especies tienen una figura substancial, y tan inmutable, que de individuos de una especie podrán resultar individuos de diversa raza y variedad, pero jamás de diversa especie; y que el cruce de animales de diferente especie ó es infecundo, ó si dá por resultado seres mestizos, que participen de la naturaleza del padre y de la madre, la fecundidad no pasa de tres ó cuatro generaciones; volviendo después los hijos, habidos en las siguientes generaciones, á entrar absolutamente en una de las dos especies primitivas. La generación, en los designios de la Providencia, es solamente el instrumento para perpetuar la especie, de cuyos límites no sale el *Créscite et multiplicámini* pronunciado por Dios en el principio de los tiempos. Hay, pues, transformaciones en el mundo orgánico; pero las leyes que las determi-

nan nunca pueden llegar á producir cambios tan radicales y profundos, que den por resultado un viviente totalmente desconocido, comparado con su punto de partida. La especie es elástica; pero hasta cierto punto; nada más. Y es que todo animal está dotado de fuerza plástica, en virtud de la cual, bajo la influencia de los diversos climas, puede modificar accidentalmente su naturaleza; y de fuerza de transmisión, en virtud de la que comunica su naturaleza con las modificaciones inherentes. Combinadas ambas, dan lugar á la especie y á la raza. Cuanto aquella es flexible en sus esfuerzos, tanto es esta inmutable.

La ley establecida se observa hasta en el orden moral. ¿Cuántos sacrificios no hace una región para conservar su autonomía propia, y no ser reducida á otro centro superior, que destruya su naturaleza, convirtiéndola en simple parte suya? Lo mismo vemos observado en la familia y en el individuo, no siendo otra cosa que la aplicación de la ley general á casos particulares. En substancia viene á confundirse con el instinto de conservación, que tienen todos los seres por su misma naturaleza; instinto que impele á cada uno á evitar cuanto puede destruir su existencia, y á procurarse cuanto tienda á perpetuarla. Ningún ser reputa perfección suya dejar de existir, para convertir sus restos materiales en substancia de seres más perfectos. ¿Se le han presentado las codornices al cazador darwinista, con el instinto de transformarse en su estómago en un modo de ser

más perfecto, perdiendo su individualidad? Por más estúpido y sucio que sea un animal, jamás su instinto le conduciría á practicar semejante transformismo. *Todos y cada uno de los seres, dice Santo Tomás, llevan en sí mismos el deseo natural de conservar su propio ser; lo cual no podrían conseguir, si fuesen transformados en otra substancia. De aquí nace el que ninguno de cuantos seres se hallen en un grado inferior de la naturaleza, puede apetecer el grado de otros superiores á la suya, porque, si fuese trasladado á ese grado superior, dejaría de existir. Pero en esto nos engaña la imaginación: porque, como el hombre desea adquirir ciertos grados de perfección accidental que le adornen, sin destruir su esencia, nos forjamos la ilusión de que se puede apetecer un grado superior en la escala de los seres, al cual no se puede llegar sin la destrucción del mismo sujeto que lo reciba. (1)*

Por tener la naturaleza tan grabado en los seres este instinto de conservación, y de firmeza en la condición propia de su especie, dáles también á todos el mismo impulso irresistible á poner en práctica todos los medios conducentes á la realización de ese fin. A cada animal le fabrica sus venas de tal suerte, que por ellas no pueda circular libremente, sino la sangre propia de su naturaleza; y á los globulillos de la sangre les dá una forma tal, que solo por aquel conducto hayan de poder caminar sin tropiezo. El cañón del fusil se acomoda á la bala, y esta se aco-

---

(1) P. 1. q. 63. a. 3.

moda á aquel. Inyectad en un animal la sangre de otro de distinta especie, y acarrearéis su ruina.

El huevo, en que cada uno de los animales deposita la virtud generadora del nuevo ser, aunque materialmente difiera poco ó nada de la de otros pertenecientes á otras clases, *formal* y *específicamente*, es decir, en el elemento activo, dotado de virtud formativa, es esencialmente diverso. De aquí que el huevo de un animal tiende siempre á la reproducción del mismo, y no de otro. ¿Qué no hacen él y sus padres para conseguir este objeto? Enciérrase dentro de sí mismo, para que su fuerza vital, aislada completamente de la influencia de agentes exteriores, pueda desarrollar con entera libertad su obra. Los padres por su parte procuran colocarlo en circunstancias tales, que ninguno pueda destruirlo, sino más bien le ayuden y favorezcan exteriormente para la producción de la obra, que se realiza interiormente. ¿No veis cómo la naturaleza tiende en cada uno de los séres con suma diligencia y constancia á perpetuar la especie, á fijarla para que no pueda transformarse? Por eso los tipos de las especies se mantienen siempre fijos é inflexibles; dentro de ellos se presenta siempre una asombrosa variedad de individuos, que solo difieren en caracteres accidentales; y, si hacen oscilar á un lado y otro la especie, es siempre manteniéndola en el círculo de hierro, que con mano firme le trazó el Artífice divino, al crearla. En el hombre, en los animales, en las plantas es ley fundamental la unidad en la variedad. Este



hecho es tan universal, tan patente, tan claro que el mismo Darwin se ve obligado á confesarlo, estableciendo la *ley de permanencia*.

Es cierto que la indigencia, como dice Lamarck, obliga al animal á ejercitar sus órganos en busca de la alimentación necesaria, y que este ejercicio perfecciona sus órganos, así como el no uso los convierte en más imperfectos y débiles. Así lo atestigua la experiencia. Pero ¿puede el ejercicio crear órganos nuevos, ó el no uso aniquilar los antiguos? La razón y la experiencia están en oposición con la teoría precedente. La operación sigue siempre al ser, y el conato por necesidad ha de corresponder al principio de donde procede, siendo proporcionado á él, y por él determinado. Cítese un solo ejemplo que pruebe lo contrario, y les concederemos la victoria á los adversarios; es decir, preséntenos una naturaleza que haya producido otra específicamente distinta. Los animales, que cita Lamarck, antes de poseer los órganos que hoy tienen, ¿cómo y dónde poseían el impulso y determinación que les atribuye? ¿Era absolutamente necesario que se alimentáran de ese modo? ¿Cómo es que otros animales se mantienen sin apelar á esos esfuerzos titánicos, ora en el agua, ora en el aire? ¿Cómo no estiraron el pescuezo los rinocerontes, búfalos, elefantes y otros herbívoros? La ineptitud é insuficiencia de este medio está ya reconocida por todos los sabios, hasta el punto de decir Huxley: *Sus doctrinas*

*se hundieron en el oprobio de la heterodoxia, así científica como teológica.*

## VII

Dijimos arriba que es principio fundamental de los transformistas ateos y panteistas la generación espontánea. ¿Puede, en efecto, admitirse? Sabios eminentes, como Humbolt, Longet, Pasteur, Flourens y Claudio Bernard, aseguran que la materia, privada de espontaneidad, nada puede engendrar, *que no puede darse generación espontánea; que todo conspira á rechazarla, y que es necesario mirar como definitivamente condenada la doctrina que la afirma.* Lo que es más no pudo proceder de lo que es menos, la materia organizada de la inorgánica, la vida de la muerte. Mírense las causas especulativa ó experimentalmente, siempre habrá de reconocerse la verdad de este antiguo axioma: *Lo que es primero en su género, es perfecto. La primera aparición en el mundo de los seres orgánicos es un enigma indescifrable que nos obliga, á pesar nuestro, á recurrir al poder infinito de un Creador.* Así lo afirma Bernardo Cotta. Y el mismo Darwin que admite cuatro ó cinco formas primitivas, ó prototipos, que quizá algún día se averigüe que son una sola, dice que ignora por completo el primer origen de la vida.

Creyése antiguamente que de la corrupción na-

cían muchos insectos y animalillos; pero las observaciones recientes impiden admitir semejante suposición. Cubrid con gasa fina un trozo de carne puesto al sol, haciéndolo inaccesible á los insectos; y no aparecerá larva alguna en la carne. Esto prueba evidentemente, que los insectos atribuidos á la descomposición de la carne, en realidad no venían sino de los huevos depositados allí por los insectos. Idéntico origen tienen los gusanos intestinales, según experimentos concluyentes de muchos sabios modernos, es decir, que también proceden de huevos introducidos en el estómago, al tomar los alimentos. *Es cosa ya suficientemente demostrada*, dice Quensted, *por nuestros médicos y fisiólogos, que los gusanos intestinales no vienen nunca sino de huevos.* (1) Según los experimentos de Pasteur, está claramente probado que cuantos infusorios vienen al mundo, formados según se había creído, por la generación espontánea, traen su origen de gérmenes orgánicos muy ténues, que andan volteando en la atmósfera, y son introducidos en las infusiones generadoras por medio del aire atmosférico. En confirmación de esto, haced hervir la infusión, cerrad inmediatamente el vaso que la contiene, de modo que no penetre el aire atmosférico, ó entre sin germen alguno vivo, lo cual se consigue, mediante la acción del fuego, que los quema, al tiempo de pasar por un tubo candente aptamente acomodado á la vasija, y nunca

---

(1) Reusch *La Biblia y la natural.* lec. 25.

presenciaréis semejante generación. Redi, Van Benden, Pasteur y Tindall, han postrado para siempre la causa de la generación espontánea.

Los panteístas y ateos, únicos defensores hoy de la tal generación, revuélvense furiosos contra tan evidentes experimentos; y, no pudiendo negarlos, afirman que el globo terrestre actualmente es á manera de una matrona vieja y estéril por los años; pero, en tiempos pasados, en su juventud, tuvo la fecundidad que hoy le falta. La luz esplendorosa de la ciencia los ciega, dejándoles ver que de la antigua naturaleza hemos de juzgar racionalmente por lo que vemos al presente; tanto más cuanto que no existe dato alguno histórico ó científico, que nos autorice para lo contrario. Los experimentos usados para conocer lo que puede por sí la actual naturaleza inorgánica ó bruta, son comunes á todos los tiempos y lugares; y por consiguiente, la esterilidad de hoy arguye la esterilidad de ayer y de todas las épocas.

También dicen que los Padres y Doctores escolásticos enseñaron la generación espontánea. Es verdaderamente muy extraño, que unos hombres, tan despreciadores de toda autoridad, como son estos filósofos, que no reconocen y desprecian cuanto no sea su propia razón personal, recurran para apuntalar su sistema, que se derrumba irremisiblemente, á la autoridad de nuestros doctores. Pero ¿pueden siquiera utilizar ese supremo recurso? No; porque ni la entendieron, ni la extendieron hasta el punto de hacer salir al hombre, como el hongo, del

barro de la tierra. Los escolásticos, engañados por apariencias, y guiados por la autoridad de Aristóteles y Plinio, llegaron á creer que algunos animales imperfectos traían su origen de la podredumbre. Falsamente persuadidos de la existencia de un hecho para ellos indudable, trataron de explicar el fenómeno aparente, como mejor pudieron, aunque extrañándoles y pareciéndoles muy raro, que un ser inanimado, como la materia corrompida, diera origen á un viviente, superior por lo mismo en la escala de los séres. Para la mejor explicación del caso, recurrieron á cierta virtud de los cuerpos celestes, que, con Aristóteles, suponían incorruptibles, y superiores por este concepto á tales animales; pero no satisfizo á todos semejante recurso, y con razón; porque el ser viviente más ínfimo es superior á toda naturaleza inanimada, aun incorruptible y celeste y con Durando afirmaron, que el influjo especial de la causa primera, sirviéndose de los cielos, como de instrumentos, producía esta generación. Aquí ya no existe la dificultad; porque Dios es la causa principal, los cielos la instrumental, y un efecto puede ser superior á su causa instrumental. Aquí no se conoce en la materia bruta virtud alguna natural para producir por sí sola séres vivientes, por ínfimos que sean; aquí no se confunde el movimiento molecular con la vida propia y verdadera; cosas ambas admitidas por los adversarios.

Los escolásticos, por otra parte, circunscribían la generación á ciertos animales imperfectos, que

acompañaban á la corrupción; mas los panteístas y ateos la extienden á todos, incluso el hombre. Respecto de los animales perfectos sostenían, que no podían provenir sino de otro viviente de su misma especie, cuyo primer tronco procediese directamente de Dios. Si hubieran tenido noticia de los actuales experimentos, desde luego hubieran rechazado unánimes tales explicaciones. Y, si á los que opinaban entonces, como hoy los panteístas, apellidaron con los nombres más duros, llamándolos con noble indignación ignorantes de las leyes naturales, y maestros de doctrinas oprobiosas al género humano, ¿cómo quieren ateos y panteístas cubrirse con el manto de su autoridad para defender una generación espontánea universalísima?

## VIII

Pero ¿son acaso más razonables los medios inventados por Darwin? Su doctrina acerca de la *selección natural*, ornamentada con la concurrencia vital, correlación de crecimiento, selección sexual y demás puntales con que á todo trance se pretende sostenerla ¿tiene algún fundamento sólido? De ella puede decirse lo mismo, que se dijo de los medios de Lamark, hoy desechados. Podrá, sí, la selección, merced á las especiales condiciones de algunos individuos, robustecer y mejorar accidentalmente los órganos ya existentes; producir nuevos, jamás; como no puede la naturaleza bruta avanzar por sí sola un

paso hácia el reino de los séres organizados, inferiores al hombre, mediante la generacion espontánea. No hay inconveniente en conceder la victoria á Darwin, y hasta en matricularse en su escuela, si nos muestra un solo ejemplo, cierto é indubitable, al menos en lo que toca á los séres organizados inferiores al hombre. Ni el famoso inglés, ni sus muchos admiradores lo han presentado hasta ahora; ¿lo presentarán en adelante? Se alegan los maravillosos efectos obtenidos por la selección artificial; pero ¿hay entre ellos uno siquiera, que nos demuestre un nuevo órgano, creado en algún animal, que lo separe substancial é intrínsecamente de su progenitor? La selección, como el ejercicio, robustece ó debilita lo existente; pero ni crea ni aniquila. Hace lo mismo exactamente que el uso y no uso de Lamarck; y por lo tanto es insuficiente esta hipótesis, como la anterior, para sacar á flote el transformismo.

¿Y qué es la selección? ¿Quién es esa especie de señora sabia, inteligente, activa, que está en observación continua, atisbando cuantas circunstancias se le presentan, para aprovecharlas y lograr su civilizadora empresa de establecer en el mundo orgánico el progreso indefinido, transportando á los séres de perfección en perfección por todos los grados de la vida? La causadora de todas esas operaciones es la naturaleza, según Darwin. Y ésta ¿quién es? El ciego *acaso* y nada más; pues según él mismo, Dios nada tiene que ver con el mundo: crió la materia, produjo los primeros organismos ó prototipos,

ó más bien, la inundó del vivífico *panesperma*, y la abandonó á sí propia, para que á ciegas y por casualidad ejecute todos sus movimientos. De modo que esa Naturaleza tan sabia, tan vigilante y cuidadora es el caos, las tinieblas, el puro movimiento de los átomos de Epicuro y Lucrecio, guiados por ciega fatalidad, como nave sin timón y ejército sin jefes. Sabedlo y óiganlo todos: la belleza, la armonía, el orden maravilloso que todos presenciamos en el universo, y especialmente en el mundo orgánico, reconoce como causa primera y única la materia caótica, destituida de conocimiento, incapáz de intención, compuesta de innumerables átomos, que se aproximan y se alejan, se juntan y se separan sin orden ni concierto. En ella está esa idea fija, inalterable, de ir construyendo organismos cada vez más perfectos, de modo que las tinieblas son madre de la luz, el caos del orden, la noche del día, el frío del calor, la pura nada de la realidad. ¡Cosa rara! Miran estos hombres un reloj, un palacio, una obra cualquiera de industria, y deducen desde luego la existencia de una inteligencia ordenadora; pero contemplan el orden admirable del universo, la regularidad perfecta, y la constancia invariable de los movimientos de millones de séres, el arte exquisito con que cada uno de los vivientes busca su bien propio y peculiar, eligiendo los mejores medios y removiendo los obstáculos, la encantadora armonía que jamás se perturba, á pesar del complicado mecanismo de tan varias y múltiples leyes, y... *Esto ya*



*es otra cosa*, exclaman; aquí para reconocer la obra de una mente ordenadora, habríamos de recurrir al Autor de la naturaleza; mas esto no puede ser. Nada hay en esto de plan preconcebido, de inteligencia superior: todo esto es fruto del acaso, de la pura casualidad. ¿Cabe absurdo mayor? En presencia de las bellísimas pinturas de los museos de Roma, París, Madrid, Londres y Florencia, de sus hermosos jardines y suntuosos edificios, preguntará de seguro el viajero darwinista con interés por los sabios autores y constructores de tales monumentos; porque suponerlos casuales es rematada locura, y los apuntará en su cartera y los alabará; y ese mismo ante el grandioso museo y colosal palacio que llamamos universo, tiene audacia bastante para decir que es obra del acaso.

Oid otra prueba concluyente.

Al volver una tarde de paseo, encontráis sobre vuestra mesa de estudio dos letras juntas: *Pa*. Instantáneamente os ocurre la idea de que, quien puso así aquellas letras, lo hizo con intención preconcebida; pero no os atrevéis á asegurarlo resueltamente, porque os parecerá hacedero, que tal fenómeno haya sido obra del acaso. El cálculo de las probabilidades nos dice que, si hay un grado de posibilidad para que suceda lo primero, también hay otro para pensar lo segundo. Añádase otra letra: *Paul*. En tal caso la probabilidad de la producción casual ha disminuído mucho, aumentando la que está en favor del hecho intencionado; porque el número de com-

binaciones posibles con las tres letras ha pasado de dos á seis; y en consecuencia hay seis grados de probabilidad contra uno sobre que el tal fenómeno ha sido intencionado. Pónganse cinco: *Padre*; y resultan ciento y veinte combinaciones. Sean doce: *Padre nuestro*; y obtendremos la suma enorme de cuatrocientas setenta y nueve millones mil seiscientas combinaciones. Al ver esto, al instante, sin titubear, estamos dispuestos á apostar cualquier cosa, contra quien piense de otro modo, que aquellas dos palabras no han sido puestas al azár, sino que de antemano tenía una muy marcada intención de producir aquella combinación, quien las colocó de aquella manera. No es físicamente imposible lo contrario; pero á ello se oponen varias dificultades, que para nosotros equivalen á una verdadera imposibilidad física. No todos saben darse cuenta clara de esto; pero todos, por intuición directa, de tal modo lo conocen así, que calificarían de loco rematado á quien sériamente sostuviera lo contrario. Y no es extraño que así suceda; porque el cálculo de las probabilidades demuestra que hay 479.001.600 grados de probabilidad contra uno solo, para afirmar que ha sido intencionada tal combinación. ¿Qué habrá de decirse, si encontramos la oración dominical entera, el capítulo de San Mateo, de donde se ha tomado aquella, y el Evangelio mismo? Incalculable es el número de combinaciones posibles, que se ofrecerán en cada caso contra la única que forman las letras. ¿Y qué es esto en comparación de la inmen-

sa multitud de átomos, que entran en la composición de los innumerables organismos que han poblado y pueblan la tierra, el aire y el mar? Un solo órgano, por diminuto que sea, encierra en su formación portentoso número de átomos; ¿qué habrá de decirse de todo el mundo orgánico? No me extraña que el célebre naturalista Mivart establezca, y demuestre concluyentemente, que *la hipótesis de la selección natural, para explicar el origen de las especies, está ya rechazada por su mismo Autor y no puede sustentarse hoy*. Contra los números no caben falacias.

Maltrecho y confundido Darwin por los argumentos contundentes de los más ilustres naturalistas, pero tenáz en sostener sus famosas lucubraciones, apela, para librarse de tan abrumadora carga, al miserable recurso de la *ley de permanencia*; según la cual, los séres que tienen ya sus caracteres bien determinados y circunscritos, no pueden dar origen más que á individuos de la misma especie; pero aquellos en que la naturaleza no ha logrado aun, sino cierto estado de transición, no dando á su obra mas que una forma vaga y confusa, están sujetos á la ley de la evolución, y pueden ser origen de séres específicamente diversos. Pero ¿dónde están tales séres?; porque nadie los encuentra, por más que los busca. El naturalista, lo mismo en los terrenos hoy habitados, que en los paleontológicos, solo halla séres verdaderos y reales con naturaleza fija, y encerrada dentro de sus límites. Respecto á

los tiempos históricos, los animales se encuentran con los mismos caracteres y costumbres. Díganlo los antiquísimos monumentos de Egipto, donde se hallan esculpidos; los libros del Antiguo Testamento, en que son mencionados; la historia de los animales descritos por Aristóteles; las imágenes de Homero, tomadas de la naturaleza y costumbres de los mismos. Hable un testigo presencial, Constantino James: «Tenemos de ello, dice, otra prueba, no menos evidente, en los hipogeos, que nos ha legado la antigüedad de Egipto: estos son unas colecciones y museos subterráneos, cuyos tesoros nos ha revelado la Paleontología. Gracias á los prácticos en el arte de embalsamar; usado entonces en tan grande escala, que no solo era aplicado al hombre, sino también á todos los animales, sin excepción, se encuentran intactas generaciones enteras, extinguidas há ya miles de años. Si estas generaciones pudieran de repente salir de su sueño y de su sepulcro, para mezclarse con las especies de animales, actualmente existentes, formarían con ellas un conjunto tal, que nos sería imposible distinguir las unas de las otras. Sobre este punto las investigaciones de los modernos no han hecho sino confirmar las deducciones sacadas por Geoffroy Saint-Hilaire de sus hermosos y prolongados trabajos en la necrópolis de Tebas, y resumidas así por La Cèpede en una *Relación* que se ha hecho célebre. Resulta de esta parte de la colección del ciudadano Geoffroy, que «estos animales son perfectamente semejantes á los

de hoy día. Esta semejanza tan perfecta yo mismo he podido observarla con mis propios ojos, durante mi permanencia en Egipto al tiempo de inaugurarse el canal de Suez. Así, comparando los *ibis* embalsamados, procedentes de la gruta de Samoun, con los *ibis* esculpidos, tales como aparecen en los obeliscos, y con los *ibis* llenos de vida, que andan á bandadas en el lago Menzalch, no he hallado entre ellos diferencia alguna apreciable. Siempre es el mismo pájaro, de formas graciosas y esbeltas, y de elegante apostura. Y nótese que aquí se trata de un período de más de cinco mil años» (1).

«Entre las momias de Egipto, dice Lyel, no solo había numerosos cuadrúpedos salvajes, aves y reptiles, sino también momias de animales domésticos, entre los que abundaban el toro, el perro y el gato. Ahora bien: tal era la conformidad, según Cuvier, del conjunto de esas especies y razas, con las que ahora viven, que no había más diferencia entre ellos, que entre las momias humanas y los cuerpos embalsamados de los hombres de nuestros días... Y eso que alguno de esos animales, el gato por ejemplo, ha sido llevado por toda la tierra, y en los tres últimos siglos se ha naturalizado en todos los puntos del Nuevo Mundo; sin embargo, apenas ha sufrido un cambio perceptible, y es todavía el mismo que tenían por sagrado los Egipcios» (2).

---

(1) *L' homme singe*. pág. 195 y sig.

(2) *Principles of Geol.* vol. 2. pag. 266.

Lo dicho de los animales debe entenderse igualmente de los vegetales, como se comprobó con unos panes de cebada, encontrados en los rincones de los sepulcros de Egipto por Keninken, y analizados por los naturalistas, especialmente por Brown, que los halló enteramente semejantes á los actuales. Prueben otra cosa los transformistas.

«El naturalista, dice el eminente Agassiz, considera como inmutables las especies; porque en la serie entera de los tiempos geológicos, y en toda la duración de los siglos, que han transcurrido desde que fueron introducidos en el mundo los animales y las plantas, no aparece ni la más mínima señal de que una especie se haya transformado en otra» (1). «Se ha reconocido, escribe Contejean, que desde las épocas más remotas los tipos genéricos y específicos son tan caracterizados y tan distintos, como los de nuestros días» (2). Godron prueba con infinidad de ejemplos de hoy, y de los tiempos cuaternarios y geológicos, que en el desarrollo de la vida orgánica es un hecho común y universal que las especies, antes de transformarse en otras, más acomodadas al medio, en que por diferentes circunstancias se hallan colocadas, consienten y prefieren perecer totalmente, que es lo que dijimos arriba de los individuos (3).

Si de los animales de los tiempos históricos pasa-

---

(1) De la especie, par. 15. p. 78-79 nota.

(2) Elem. de Geol. y de Paleontol.

(3) De la especie y de las razas.

mos á los fósiles, cuya edad no se ha averiguado todavía, hallaremos la misma ley, constantemente observada. Siempre aparecen con su forma perfectamente determinada, sin notarse en sus caracteres vaguedad alguna. «Han sido explorados los terrenos paleozóicos en las islas Británicas, en Francia, en Alemania, en España, en Portugal, en Cerdeña, en los Alpes, en Sajonia, en Bohemia, en Escandinavia, en Rusia, en un crecido número de puntos del Asia, en las dos Américas, en el Africa meridional y austral. Las Floras y las Faunas fósiles, recogidas en todos estos terrenos han sido cuidadosamente descritas, y las que pertenecen á una localidad han sido minuciosamente comparadas con las de los otros países. Las regiones, donde han sido estudiados los terrenos secundarios, terciarios y cuaternarios, son todavía mas numerosas: sus fósiles han sido descritos y comparados con tanto cuidado, como los de los lechos anteriores. De esta suerte han sido descubiertas mas de veinticinco mil especies. Ahora bien: estas especies están divididas en un orden enteramente diverso del que deberían presentar, si las teorías transformistas estuvieran fundadas en algo sólido. Ellas ofrecen además, en lugar de caracteres inciertos y vagos, caracteres tan definidos en su género, como los de las demás especies actuales; lo cual prueba que son creaciones primordiales y no derivaciones» (1). Las plantas,

---

(1) Valroger, De la generac. de las especies.

como los animales, protestan como se ve, contra la teoría darwinista.

Hay otro argumento que por sí solo es bastante para dar al traste con la pomposa y tan decantada teoría: es la *hibridación* perpetua y constante de los seres organizados, obtenidos con el cruce de las especies. Por más ensayos que se han hecho para obtener por medio del cruce nuevos organismos, jamás ha resultado una clase nueva de seres, que se conservase por sí sola, teniendo la fecundidad de las verdaderas especies. La naturaleza es más fuerte que todos los esfuerzos humanos; y si el hombre, con mucho trabajo y paciencia, ha llegado alguna vez á realizar este cruce de animales de distinta especie, lo cual prueba claramente, que á tal unión se entregan ellos forzados y contra su natural inclinación, de esa conjunción monstruosa, frecuentemente infecunda, han resultado alguna vez seres mestizos, que participaban de la naturaleza del padre y de la madre; pero, como digimos arriba, ó eran infecundos, ó al cabo de tres ó cuatro generaciones, volvían á entrar en una de las naturalezas progenitoras cruzadas, en la del padre ó en la de la madre. Los *lepóridos*, hijos de liebre y conejo, son testigos de esta verdad; pues pasadas las referidas generaciones, en nada se diferencian de los conejos comunes. Y si el hombre no puede, mediante el cruzamiento, obtener una nueva especie, sino únicamente variar las cualidades accidentales, dejando inmóvil é intacta la substancia, que es la que constituye la es-



pecie, ¿podrá lograrlo espontáneamente la naturaleza, que á ello es refractaria? Hasta las mismas razas tienden á volver á sus tipos primitivos; pues, abandonadas á sí mismas, pierden pronto su fisonomía, y se colocan en el punto de donde partieron.

Si la hipótesis de Darwin fuera verdadera, en la marcha del universo debía haberse procedido siempre de lo más simple á los más complejo, de lo menor á lo mayor, de lo menos perfecto á lo más perfecto; los naturalistas, sin embargo, con hechos incontestables, prueban que la cosa ha pasado de muy inversa manera. ¿Y dónde se halla esa série de seres sucesivamente más perfectos, esos anillos intermedios de la pretendida cadena zoológica? ¿Por qué no han quedado sino los términos extremos? «Si las especies, escribe Cuvier, han cambiado por grados, deberían encontrarse las señales de estas modificaciones generales... ¿Cómo es, pues, que las entrañas de la tierra no han conservado monumento alguno de una genealogía tan curiosa?» (1)

Contestan que efectivamente no se encuentran, á pesar de los esfuerzos de los geólogos; pero que aparecerán más ó menos tarde en el fondo de los mares, á donde han debido ser conducidos por las vicisitudes de los tiempos, que han variado la forma primera de los continentes. Peregrina salida: se acude á lo desconocido y problemático para soltar

---

(1) *Cuvier De l' Ane*, tom. 4. pág. 390.

las dificultades, que, á manera de torrente devastador, se lanzan sobre una doctrina también problemática é incierta.

Un artista tuvo la humorada de pintar el paso de los israelitas por el mar Rojo en tiempo de Moisés. Tomó un gran lienzo, púsole su correspondiente marco, le dió unos brochazos de color blanco, y escribió al pié estas palabras: *Paso de los Israelitas por el mar Rojo*. Cuando los curiosos se acercaban á contemplarlo, preguntaban: *¿Dónde están los Israelitas?* *Han pasado*, contestaba muy grave nuestro singular pintor. *¿Y los egipcios?* le replicaban. *Los egipcios*, decía en tono magistral, *no han llegado todavía*. Finalmente, como no había vestigio alguno de paso, y esto causaba todavía más admiración: *No se extrañen ustedes*, les decía: *como las aguas del mar lo cubrieron todo, al verificarse la terrible catástrofe, nada ha quedado á la vista, y es de suponer que el paso está en el fondo de las aguas*.

También se ha de tener presente, que *la transición genética* encuentra un obstáculo insuperable para conciliarse con la transición funcional ó instrumental. ¿Qué transición, mejor dicho, qué estado intermedio podemos imaginar, v. g., entre el último animal no rumiante, y el primero que rumia? Si la rumia exige varios sacos estomacales, puestos en dos hileras diferentes, y la ausencia de esta función reclama uno ó varios, colocados en una sola, ¿qué forma habrá de darse al estómago del semi-rumian-

te, es decir, del animal que se halla en la aurora de la rumia?» (1)

De todo lo dicho se infiere que contra el sistema de Darwin protestan de consuno todos los hechos seculares del mundo orgánico, ora de los tiempos históricos, ora de los paleontológicos, Dice que nada hay fijo en la naturaleza; que todo el mundo orgánico está sujeto á la transformación ilimitada; y los hechos enseñan que las especies jamás salen de su propia órbita. Proclama la indecisión y vaguedad de las formas orgánicas transeuntes, que sirven de anillo para unir una especie con otra; y la naturaleza grita, diciendo, que es puramente fingida tal vaguedad; porque cuanto ha producido en la tierra y en el fondo del mar lleva constantemente las señales más claras de pertenecer á una especie determinada y circunscrita perfectamente. Sostiene que en realidad no hay más que una sola especie en el mundo de los seres organizados, y los hechos protestan contra semejante afirmación, hiriendo con el rayo de la esterilidad los cruces monstruosos, y ostentando en cambio la fecundidad perenne, y la lozanía de los legítimos, aunque se hayan verificado entre razas diferentes de una misma especie, dando origen á los mestizos. ¿Hay sistema científico que se halle más en oposición con la realidad?

Podemos aquí decir con Carlos Etam: *Las conclusiones, que necesariamente se siguen de las observa-*

---

(1) *Bianconi, La Theorie darwinienne et la Création, 3.ª p. § Transitions* pág. 267-268.

*ciones precedentes, pueden resumirse brevemente en un silogismo, que abraza no solo la selección natural, sino también el tema más extenso de la evolución orgánica en general. Una concepción teórica sin comprobación es una mera ficción del entendimiento: es así que la teoría de la Evolución orgánica es una concepción teórica sin comprobación; luego la Evolución orgánica es una mera ficción del entendimiento (1). No os extrañe, pues, que Mivart la llame concepción irracional é hipótesis pueril.*

## XXI

Aunque la teoría darwinista pesada en la balanza de la ciencia *inventa est minus habens*; pesada en la de las pasiones, y de los corazones corrompidos, ya es otra cosa; y por eso hay tanto afán en sostenerla. Replican, pues, que la semejanza del mono con el hombre, arguye que ambos tienen un origen común. Pláceme que oigáis las mismas palabras de los adversarios. Dice Haeckel: *El género humano es una ramificación del grupo de los catarrinos; se ha desenvuelto en el Antiguo Mundo, y dimana de los monos de este grupo, há ya largo tiempo extinguidos.* Buchner afirma: *Que en la estructura de los huesos, del cráneo, del cerebro, en la formación de la mano y del pié, de los dientes, de los músculos, de las vísceras*

---

(1) Revista contemp. dic. 1876, pag. 132.

ras, en una palabra, que en el mono y en el hombre todo se funda en los mismos principios, y tiene los mismos fundamentos; y que las diferencias, que separan al hombre del gorila y del chimpanzé, son menores que las que median entre el gorila y los monos inferiores. No se debe vacilar en decir, añade el mismo, que el hombre puede pertenecer exclusivamente al puro orden de los monos, tomada esta palabra en toda su extensión (1). Su dentición y sus narices, según Darwin, nos muestran que es una ramificación de la familia de los monos del antiguo mundo; y que, respecto de su origen, debe colocarse en la división de los monos catarrinos (2). Por el fin el incrédulo Huxley afirma: Basta descubrir en la naturaleza una ley, que haya producido las especies y las familias de los animales, para que no pueda dudarse racionalmente, que el hombre trae su origen del mono, que se ha transformado sucesivamente, ó por lo menos, que descende como los monos, de un origen primitivo común (3).

En la tabla genealógica del género humano, trazada por Haeckel, y aprobada por Darwin, hay veintiuna etapas, por donde ha pasado el hombre antes de ser lo que es hoy. La primera es la *manera*, organismo sin órganos (?), y la última el *hombre mono*. Este, *verdadero padre* del género humano, era un mono antropomorfo, incapáz de formar pala-

---

(1) El hombre según la ciencia.

(2) El origen del hombre.

(3) Reusch, *La Biblia y la naturaleza*.

bras articuladas, y de inteligencia tan poco desarrollada, que ni siquiera tenía conciencia de sí mismo; vivía en los árboles, trepaba por ellos y saltaba de uno á otro, como los monos actuales. El maestro lo supone con cola, y su discípulo le niega semejante apéndice. ¡Es verdaderamente extraño, que tales hombres, y semejantes teorías encuentren tantos admiradores entre gente ilustrada!

Antes de descender á los detalles, tengamos presente la sabia observación de Etam: *Una especie presenta dos cualidades: la morfológica ó estructural y la fisiológica ó funcional. Con la certidumbre que corresponde á cualquiera de nuestros conocimientos, sabemos que la primera varía constantemente, y dentro de vastísimos límites: con la misma certeza sabemos que en medio de esas variaciones, la segunda permanece absolutamente constante, El corolario ineludible de esta proposición es, que la función no depende esencialmente de la estructura. Esta verdad la encontramos doquiera en la investigación biológica. Si puede establecerse alguna tesis biológica, es, sin duda, que la variabilidad indefinida estructural, con absoluta estabilidad fisiológica, debe considerarse como una prueba de que las diferencias específicas no dependen solamente de la estructura, sino que son debidas á cierta propiedad, que no debe atribuirse á las posibilidades moleculares del protoplasma (1).*

Es verdad que los monos gorila, chimpanzé, oran-

---

(1) Revista contemp. Dic. 1876. p. 125.

*gután* y *gibbón* tienen un cuerpo semejante al nuestro. Como el hombre es el anillo, que une al mundo espiritual con el material, naturalmente había de tener un cuerpo que, por una parte, fuese instrumento del alma inteligente y libre, y por otra, la proporción requerida con los demás cuerpos del mundo terreno. De aquí que el organismo se parezca mucho al de aquellos animales, que forman en primera fila en la escala de la creación, para que así se formara esa especie de continuidad que debe reinar en el conjunto universal. A pesar de esto, los organismos ofrecen diferencias grandísimas, como las que se hallan entre los diversos instrumentos de un artista, que con ellos quiere ejecutar diversas operaciones. El cuerpo del hombre está ordenado para las funciones de la vida intelectual y supra-sensible del alma racional que lo informa; ha de tener, pues, hasta las partecillas más pequeñas encaminadas á ese fin. El cuerpo de los irracionales, al contrario, no tiene más objeto que ayudar á las operaciones de la vida animal, á cuyo fin se ordena todo él. Necesariamente, por lo tanto, ha de mediar entre el hombre y el mono una enorme diferencia en cuanto al organismo dado á ambos por el Artífice.

Un ilustre profesor de Antropología, con raciocinio claro y conciso, pulveriza la argumentación de Darwin de esta manera: «En la teoría de Darwin, dice, las transformaciones no se efectúan como quiera y en todos sentidos, sino que son imperadas

por ciertas necesidades, que lleva consigo la misma organización. Una vez modificado el organismo en determinado sentido, podrá muy bien sufrir transformaciones secundarias, terciarias, etc., pero nunca dejará de conservar los rasgos del tipo original. Esta es la ley de *caracterización permanente*, única que permite á Darwin dar cuenta de la filiación de los grupos, de su caracterización, de sus múltiples relaciones. En virtud de esta ley es como todos los descendientes del primer molusco han sido moluscos, y vertebrados todos los descendientes del primer vertebrado. Ya se ve que ella constituye uno de los fundamentos de la doctrina. Siguese de aquí que dos séres, pertenecientes á dos tipos distintos, pueden muy bien retroceder hasta un antepasado común, cuyos caracteres no estaban todavía bien definidos; pero no descender el uno del otro. Ahora bien; el hombre y los monos, en general, presentan, desde el *punto de vista del tipo*, un contraste muy marcado. Los órganos que lo constituyen, se corresponden, casi rigurosamente, término por término; pero se hallan dispuestos, conforme á un plán muy diferente. En el hombre, su coordinación es tal que de ella resulta por fuerza un *andador*, y la del mono produce necesariamente un *trepador*. Esta es una distinción anatómica y mecánica, que habían puesto muy de relieve, en orden á los monos, varios sabios. La consecuencia de estos hechos es que el hombre no puede descender de un antepasado caracterizado ya como mono, ora sea un *catarrino* con cola, ora



sin cola. Un animal *andador* no puede descender de un animal *trepador*.» (1)

Se objetará que ni el uno ni el otro son así necesariamente; porque el mono puede andar en dos piés, y el hombre en cuatro. Pero esto no obsta para poder afirmar con Godrón, que *de todos los seres de la creación, solo el hombre está organizado para la estación vertical, solo él anda naturalmente derecho; este es su carácter esencial; que le separa evidentemente de todos los demás animales.* (2) En efecto; ni el hombre anda cómodamente más que en la forma vertical, ni el mono en otra que en la cuadrupedil. Si obligáis al hombre á que ande con manos y piés, tendrá que llevar la cabeza junto al suelo, á ella acudirá la sangre con perjuicio de su salud, y los ojos mirarán hacia atrás. ¿Qué pasa en los niños? Cuando la blandura de sus huesos no les permite andar de pié, pónense con piés y manos en el suelo; pero sin apoyarse regularmente en los piés, sino en las rodillas, para poder mejor guardar el equilibrio estable, y tener la postura menos incómoda en sus movimientos de translación. Y aun así, la postura les es incómoda y molesta; porque la cabeza les pesa mucho, y es casi nulo el tendón cervical, que sirve para sostenerla; y esta es la razón de que se paren pronto, y busquen otra más descansada, ya sentándose, ya tendiéndose en el suelo.

Lo contrario sucede á los cuadrumanos: su posi-

---

(1) *De Quatrefages*. La especie humana, cap. 11, n. 4. 1880.

(2) De la especie y las razas.

ción natural, al trasladarse, es la de todos los cuadrúpedos, teniendo entonces la cabeza en el estado que le corresponde, sin experimentar molestia alguna. Y es que el tendón cervical en ellos es fuerte y robusto, para sustentarla en conformidad con todo su tipo; y como las extremidades anteriores son mayores que las posteriores, la actitud de su cuerpo, al poner en el suelo las cuatro manos, es verdaderamente airosa, la cabeza está levantada y perfectamente dispuesta para las funciones de relación. La actitud bípeda, en cambio, les es violenta, no pudiendo andar largo tiempo en dos pies; y si lo hacen, es, no rectos como nosotros, sino inclinados hacia adelante, empuñando gustosos un bastón para no caerse. Si pretendieran caminar del todo rectos, á los primeros pasos darían un tumbo hacia atrás. ¿Qué indica todo esto, sino que la postura del hombre es la bípeda y cuadrúpeda la de los monos?

Obsérvese, además, que la cabeza del hombre, muy pesada por la gran cantidad de masa encefálica, descansa poco más ó ménos por la mitad de su base sobre el extremo superior del espinazo, sin necesidad de ser sostenida por el tendón cervical, ni por músculo alguno destinado á este efecto; y en los monos no se une con la columna dorsal sino por un extremo de su base, necesitando por lo mismo, para ser sostenido, del tendón cervical, á pesar de ser muy poco pesada relativamente á la del hombre. No está, pues, fabricada, como la nuestra, para descansar sobre el espinazo en sentido vertical,

sino para pender de él por medio de los músculos y el tendón. Luego la relación anatómica de la cabeza con el espinazo exige en nosotros para la marcha, la posición recta, y en el mono la que corresponde á los cuadrúpedos.

En segundo lugar la estructura del bacinete, ancho y sólidamente construido en nosotros, para servir de apoyo á la columna vertebral, y permitir el conveniente ensanche de las piernas, para que aumente la base de sustentación en el suelo; las cavidades que en ambos lados tiene para encaje de las cabezas de los fémures; el movimiento libre de estos en la cavidad iliaca, para sustento del cuerpo en las diversas posiciones, sin peligro alguno de dislocación por sus fuertes ligaduras, y el tendón que las sujeta á límites muy marcados, demuestra evidentemente lo mismo. En los monos el bacinete es estrecho y oblicuo, y no dirige al suelo las cavidades iliacas, sino cuando tiene el espinazo la posición horizontal. Esta es, pues, y no otra su posición natural para la marcha.

Si consideramos y comparamos los pies del hombre y las manos posteriores del mono, observaremos que aquellos están contruidos para sustentación de todo el cuerpo, y éstas para sola la aprehensión. «En el hombre, dice el sabio Godron, el pie es ancho, la pierna cae perpendicularmente sobre él, el talón es abultado en su parte inferior, y los huesos del tarso y del metatarso forman una especie de bóveda, que protege contra la compresión los músculos de la

planta del pie; los dedos son cortos y con movimientos muy limitados; el pulgar, más grueso que los otros, está colocado sobre el mismo plano que los demás, y no le es *oponible*. Por consiguiente, está admirablemente construído para recibir sobre sí el peso de todo el cuerpo; pero no puede servir ni para agarrar las cosas, ni para trepar; no se parece en nada á las extremidades superiores, que son las manos, instrumentos perfectos de aprehensión, pero no dispuestas para la locomoción. Luego el hombre debè sostenerse sobre sus dos pies únicamente, conservando así la libertad entera de sus manos, instrumentos admirables por la extensión, por la variedad, y por la precisión de sus movimientos, las cuales se hallan en esta forma perfectamente ordenadas al servicio de la inteligencia» (1). Y para que los pies no flaqueasen, al sustentar las dos columnas, que en ellos descansan, dejándolas salir de su lugar ó inclinándose hacia adelante, Dios las proveyó de fuertes ligaduras, que mantuviesen fijas las tibias en los tarsos, como la columna en su pedestal, y mediante la acción poderosa de los músculos gemelos y del sóleo, impidió que el peso del cuerpo doblegara la pierna sobre el pie, haciendo estable el equilibrio en la estación vertical.

En cambio la mano posterior del mono es, en la posición vertical, un instrumento de aprehensión y no base de sustentación. La pierna del orangután

---

(1) De la especie y de las razas, t. 2. l. 3.º cap. 1. pág. 122. 1872.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

no cae perpendicular sino oblicuamente sobre la planta de su mano superior; por lo mismo no pisa el suelo con la planta, sino con el borde exterior, á la manera de un hombre que tiene contráhecho el pie. El pulgar no está en el mismo plano que los demás; ni tiene la misma dirección, sino que forma con ellos casi un ángulo recto, presenta cierta curvatura hácia adentro en forma de gancho, y queda al aire, cuando el animal imita la marcha del hombre, en la que los demás dedos tampoco prestan auxilio, por estar encogidos y sin tocar la tierra, á no ser el más pequeño que la toca oblicuamente por el borde exterior. Esta conformación de la mano posterior dá claramente á entender, que no ha sido hecha para sustentar el cuerpo en la estación bípeda, sino para mantenerlo asido, mediante la aprehensión de los objetos. Podemos inferir con Bianconi: «El pie ambulatorio del hombre y el pie aprehensor del mono son dos instrumentos, mecánicamente apartados el uno del otro. Los instrumentos intermedios, ó de transición, no tienen posibilidad mecánica. Un pie que cesa de ser aprehensor y va á ser ambulatorio, no es ni lo uno ni lo otro; el animal entonces ni puede arrastrarse ni andar, ni es acróbata ni pedestre. Su construcción sería un absurdo, y el animal no tendría las *condiciones de existencia*. Es preciso que sea decididamente ó rastroero ó ambulatorio» (1). El paso, por consiguiente,

---

(1) La teoría darwiniana y la Creación, pág. 267.

de una estructura á otra, es mucho más difícil que el de los Alpes y las Termópilas.

Acabamos de ver que, á pesar de la semejanza material y orgánica, que media entre el hombre y el mono, existe entre ambos gran diferencia, atendida la posición vertical del uno y la horizontal del otro. Veamos ahora la barrera que los separa, y que hace imposible el parentesco real y genérico de ambos, considerando la conformación de la cabeza y de las manos. Una simple ojeada sobre el cráneo del hombre y el de los monos más perfectos basta para notar la gran diferencia entre ellos. Todos los cuadrumanos tienen una maravillosa semejanza entre sí en la configuración general de esta notable parte del cuerpo; pero con el hombre no tienen proporción alguna. La del hombre es casi esférica, la del mono oblonga y angular; dos terceras partes constituyen en la del hombre la región del cerebro, mientras en la del mono están reservadas para las mandíbulas; el occipucio en nosotros es muy combado, mientras en nuestro pretendido pariente está deprimido; el ángulo facial humano varía de 70° á 85°, mientras en el orangután adulto no pasa de 40°; la capacidad del cráneo del hombre es casi tres veces y media mayor, que la del cráneo del orangután. Tanto resaltan las diferencias que no pueden ménos de confesarla los más fervorosos darwinistas. «Las diferencias que existen, dice Huxley, entre el cráneo de un hombre y el del gorila, son enormes. Todos los huesos del gorila llevan señales

por las que se pueden fácilmente distinguir de los huesos análogos del hombre» (1). Y Moleschot: «El cerebro del hombre, tanto por la mole como por la forma de sus circunvoluciones, se distingue de cualquier cerebro de mono, y mucho más del de los otros animales.»

El estudio comparativo de los cráneos del hombre y del mono, practicado por dos sabios naturalistas, Bischoff y Aeby, con exquisita diligencia, les ha puesto en evidencia la enorme diferencia que hay entre el hombre y el animal, es mucho mayor que la que se puede imaginar entre el negro y el mono más perfecto. Nadie, como estos hombres ilustres, ha examinado con tanta paciencia y detención, y en tan gran número de ejemplares las diferentes partes constitutivas de las partes de los cráneos de ambas especies, y nadie como ellos puede fallar decisivamente. Ningún transformista ha podido oponerse á su voto ni contestar á sus razones contundentes. Se han callado con buen acuerdo. «Póngase en parangón, dice el primero, el cerebro de un hombre con el de un orangután, el de éste con el de un chimpanzé, etc., hasta los últimos géneros de monos, y en ninguna parte se encontrará una distancia tan grande entre los miembros de esta série, como es la que existe entre el cerebro del hombre y del orangután ó chimpanzé. El vacío entre el desenvolvimiento de las circunvoluciones cerebrales del hom-

---

(1) *La Civiltà Cattolica*, 20 Abril 1872.

bre y el de las del oraguntán ó chimpanzé, no puede llenarse.» El segundo, después de tomar medidas en miles de cráneos de diferentes razas, de hombres como de monos, escribe: «No dudo un solo instante en afirmar, que el tipo del cráneo humano se diferencia en la manera más completa... En toda la série de los mamíferos no se encuentra un vacío que pueda compararse, ni aun de lejos siquiera, al que media entre el mono y el hombre. Aun los cráneos humanos más degradados están á grande distancia de los cráneos de los monos más perfectos.»

Si de la consideración de la cabeza pasamos á las de la mano, encontraremos una prueba más de lo que venimos sosteniendo. ¿Habéis reflexionado alguna vez sobre esta obra maestra de mecánica, como la llama Cruveilhier, en la que se hallan tan maravillosamente dispuestas todas sus partes que, mediante ella, podemos ejecutar toda clase de movimientos; ora fuertes, ora suaves, ya en un sentido, ya en otro, sin que haya una sola parte de nuestro cuerpo á donde no podamos llegar con nuestras manos? No es un simple instrumento de aprehensión mecánica, cuyo único objeto sea satisfacer las necesidades de la vida animal, como en el mono; sino que está fabricada principalmente para las obras de ingenio, en que tanto había de florecer la industria humana, y en que era necesario al hombre ejercitarse para sujetar la materia á su imperio y hacerse dueño de la creación entera. Físicamente considerado el hombre, nace menos provisto que los demás animales de



las armas necesarias para defenderse de los obstáculos, que se oponen á su conservación y propagación. Mientras los demás animales aparecen vestidos de pelo, pluma ó lana, según sus necesidades, él viene desnudo al mundo; llévanle aquellos grandísima ventaja en la fortaleza de sus miembros, y en lo acabado de su armamento de defensa, y pronto hubieran concluído con el hombre, á no haberle regalado el Autor de la naturaleza un instrumento especial con que pudiera hacerles frente. Es la mano, que puesta al servicio de la razón que la gobierna, fabrica obras de industria tales, que le hacen muy superior á todos los seres creados. Con ella ha vencido, sujetado, puesto á su servicio ó muerto á los fieros leones de las selvas; con ella ha subyugado al coloso de los mares en las heladas regiones del Norte, y le ha sacado la enjundia para sus usos y comodidades; con ella se construye elegantes habitaciones, y se teje trajes riquísimos, que no solo le libran de las inclemencias del tiempo, sino que le grangean regalo y comodidades; con ella esculpe en el bronce y entalla en el mármol las concepciones de la fantasía, y escribe en los libros los elevados conceptos de la inteligencia; con ella horada los montes, llena de vapores los mares, tiende en la tierra una red inmensa de vías férreas, y otras en el aire de hilos telegráficos y telefónicos, para convertir el mundo entero en una gran ciudad. Esta es la mano del hombre; este el instrumento de su defensa; este el medio que nos ha regalado Dios, para

que con nuestro ingenio é inteligencia lo hagamos mucho más poderoso que las bestias más feroces de la tierra. ¿Encontráis algo de esto en la mano del mono? ¿Son más que unas tenazas para prender y tener asidos los objetos, único fin á que las destinó Dios, al colocarlas en un animal, cuyas acciones no habian de pasar la meta de la actividad sensible?

«Es una ley sin excepción en historia natural, escribe Gratiolet, que los seres semejantes se desarrollan de una manera semejante. Toda excepción de esta regla constituye una verdadera anomalía sin ejemplo, un verdadero prodigio. Mas este prodigio se ha verificado respecto del hombre.» En efecto: el desarrollo de la capacidad del cráneo, de su peso, del ángulo facial, de los pliegues y circunvoluciones del cerebro, se presentan en un orden completamente inverso en el hombre y en el mono, de modo que podría establecerse esta ley antitética: Las semejanzas entre el hombre y el mono proceden de sus diferencias. Ahora bien: es evidente, y más en la doctrina transformista, que un ser organizado no puede proceder, ni tener vínculo alguno genético en otro, cuyo desenvolvimiento siga una marcha inversa á la suya propia. Luego el hombre no puede contar entre sus antepasados ningún tipo de monos, sea el que fuere. Oid á un darwinista, á Canestrini: «No conocemos especie alguna de mono, que sirva de tránsito á la nuestra. Si quisiéramos forzosamente derivar al hombre del mono, seria necesario buscar su cabeza en los pequeños monos, que se agru-

pan en torno de los cebos *yquistitis*, la mano en el *chimpanzé*, el esqueleto en el *siamang*, el cerebro en el *orangután*, el pie en el *gorila*. Deberíamos, por consiguiente, buscar los delineamientos del hombre en cinco monos diversos, uno de América, dos de Africa, uno de Borneo y otro de Sumatra. Por tanto, los primeros progenitores del hombre estarían tan esparcidos por el globo, que con dificultad se podría pensar en un origen semejante» (1). Bien podemos decir, después de todo lo expuesto, lo que escribe un autor ilustre: *Hemos llegado á conocer que el tipo humano es, como una isla solitaria, que no está unida por parte alguna á la tierra vecina de los mamíferos* (2).



Pero las dificultades con que tropieza la teoría transformista se agrandan extraordinariamente, si de la consideración del elemento material nos trasladamos á la consideración del elemento más principal del hombre, del que nos separa específicamente de los brutos, del que constituye la parte formal de nuestra especie, del que nos hace racionales. Tan radical y tan profunda es esta diferencia, que ha dado motivo á los naturalistas más eminentes, para considerar al hombre, como un reino aparte, aunque unido con los demás por sus caracteres físicos,

(1) *Origine de l' uomo*, cap. 9.

(2) *Achj, Les formes du crane de l' homme et des singes.*

en los que conviene con ellos, ora en lo perteneciente á las leyes generales de la materia, ora en las cosas relativas á la vida orgánica y á la sensibilidad de los animales. El hombre, por su razón, se eleva sobre todas las condiciones de la materia, penetra en el mundo espiritual, descubre en él las cualidades de honestidad, de obligación, de justicia, que solo viven en la región de los espíritus, y subiendo hasta el Santuario mismo, en que se halla la fuente primera de todo orden, de toda verdad, belleza y hermosura, que es Dios, póstrase humilde ante su Majestad soberana, y le rinde amoroso y agradecido la adoración que se le debe. Nada de todo esto ha encontrado ni encontrará jamás el naturalista en los brutos, por más perfectos que se supongan por su organismo. La inteligencia, generadora de las ideas y conceptos universales, esa facultad inorgánica, con la que nos remontamos hasta el orden suprasensible, y subimos al origen de las cosas, creando la ciencia, no se halla en los brutos. ¿Procederá por selección? ¿Es tal vez en nosotros la misma esencialmente, que en ellos, aunque superior en grados? Por más que las bestias hagan con perfección sus actos, siempre quedarán estos en la esfera de materiales, ora por razón del objeto puramente sensible á que se dirigen, ora por razón de la potencia meramente orgánica, de donde proceden. En ellos observaréis siempre un modo de obrar constante, hoy como ayer, y como siempre. Al principio y al fin de su vida obran de la misma manera; nada inventan, nada

aprenden, nada adelantan. Desde el nacimiento saben lo que conviene á su conservación y la de su especie, y con esa misma sabiduría mueren. Os extrañará quizá, en ocasiones, la regularidad, y hasta la perfección de sus actos; pero también echaréis de ver mucha pasividad, mucho automatismo bajo la impresión de los agentes de la naturaleza, cual si fueran máquinas movidas por un resorte, al impulso del artista. Cuando la zorra ve las gallinas se agazapa instintivamente para atraparlas; porque conoce tales objetos, no precisamente como gallinas, sino como comestibles. Vice-versa; cuando las gallinas ven á la zorra, huyen instintivamente, sin reflexión, ante el enemigo de su naturaleza. El pato, apenas nace, corre á zambullirse en el agua; los pollos de perdiz, con el cascarón en el cuerpo todavía, echan á correr tras de su madre. La perpetua é indeclinable monotonía de los animales, al obrar, dá claramente á conocer, que el orden en ellos es debido á una inteligencia ordenadora superior, y la monotonía á la naturaleza material y orgánica del artefacto.

Si el alma humana y la del mono no son específicamente diferentes, como dicen los darwinistas; si nuestro principio inteligente es el mismo que el suyo, aunque más desarrollado por una feliz reunión de circunstancias casuales, ¿cómo es que los monos no aprenden á hablar? ¿Por qué el uso de la palabra es propio y exclusivo del hombre? Tienen inclinación á imitar las acciones de los hombres; no care-

cen del órgano conveniente para ello; viven muchas veces entre los hombres; sin embargo, jamás han hablado. ¿Qué les falta? Animales hay que articulan sonidos como los nuestros, y no decimos por eso, y con razón, que tienen el dón de la palabra; porque el mero sonido articulado no constituye la diferencia esencial del lenguaje humano. La palabra del hombre es un vehículo de la idea, un signo, no meramente natural, como el inarticulado sonido de los brutos, sino convencional y libremente escogido por la voluntad humana. El hombre, cuando habla, descubre su interior, pone sus ideas en comunicación con las de sus semejantes, hace promesas, juramentos, contratos, dicta leyes, funda instituciones, crea tradiciones, añade á su experiencia la de las edades pasadas, se perfecciona y perfecciona sus obras. La palabra tiene un cuerpo, el signo, y un alma, la idea; signo é idea, cuerpo y alma de tal suerte unidos, que forman una sola cosa, que es la naturaleza humana entera, que se muestra y ostenta en su más bella manifestación. El hombre habla: no necesita de diferencias anatómicas y fisiológicas, para distinguirlo de la bestia. El río sagrado, el rayo luminoso, la música celeste de la palabra no desciende de las regiones de la materia, para volver á la materia, sino del santuario del alma para volver al alma. El animal, con sus sonidos y gritos monótonos é inarticulados, no revela sino instintos rebeldes á todo perfeccionamiento; no tiene inteligencia ni capacidad para producir conceptos universales,

ni libertad para imperar á la lengua aquella clase de sonidos, que son la verdadera palabra. Ahora bien; desde el *grito de nuestros trepadores abuelos*, destinados á manifestar los afectos del apetito sensible y terreno por medio de voces inarticuladas, hasta la *palabra* con que hoy expresamos los conceptos de la inteligencia, envueltos en voces articuladas y sonoras, hay una distancia inmensa. ¿Cómo se ha verificado por las solas fuerzas de la *selección natural* ese salto tan portentoso? ¿Y dónde están los anillos intermedios, que junten con sus voces semi-articuladas, semi-inteligentes y semi-sábias, estos dos extremos tan distantes, como son el hombre *parlante* y el mono *aullador*?

Hay todavía otras dificultades contra la famosa teoría, fundadas en dos clases de actos, que acompañan en todo tiempo al género humano, sin precedente alguno en cuantos animales han existido en el largo periodo de los siglos. La *moralidad* y la *religiosidad* son patrimonio exclusivo del hombre. El mono no conoce más principio de acción, que el de la propia *utilidad sensible*: ignora por completo la honestidad y la justicia. ¿Cómo ha podido la selección natural salvar victoriosa el insondable abismo que media entre el obrar conforme á las reglas animales del *placer*, y el vivir según los severos dictámenes de la *conciencia moral*, absolutamente desinteresada, y ocupada solamente en dar á cada uno lo que le es *debido*, aunque para eso sea necesario algún sacrificio, incluso el de la misma vida? Jamás

se ha puesto á pensar el mono en otra vida diferente de la actual; jamás ha prestado homenaje más que á sus apetitos. ¿Cuándo, de dónde, cómo ha surgido en todo el género humano esa idea tan universal, tan constante, tan indestructible, de otra vida posterior, en la que cada uno ha de recibir el *premio ó castigo* debido á sus acciones, de mano de aquel soberano Rey, que ha de juzgar inexorablemente á las mismas justicias? ¿Qué mágia incomprendible nos ha transformado tan maravillosamente que, siendo animales puramente terrenos, destituidos de todo conocimiento suprasensible, y aficionados únicamente á los deleites de la carne, nos hemos convertido de repente en seres espirituales, despreciadores de lo sensible y material, adoradores de un Dios, Criador y Señor nuestro, conservador y gobernador del mundo, y admiradores de lo honesto y de lo justo? Son tan grandes estas maravillas de la selección, que Wallace, á pesar de ser co-fundador del transformismo, proclama abiertamente la impotencia de la selección natural, para producir en el hombre las cualidades morales é inteligentes, que le distinguen de los demás animales. Las concepciones ideales del espacio y del tiempo, de la eternidad y de lo infinito, el sentimiento artístico, las nociones abstractas de los números y de la cantidad continua, no pueden, según el mismo, ser fruto de la selección, que solo busca la utilidad inmediata del individuo, y mucho menos, sin comparación, el sentimiento de la honestidad, enteramente contrario á la



utilidad individual, y perfectamente desarrollada hasta en los mismos salvajes.

## XI

No se concibe sin repugnancia, dicen algunos, que el Criador del universo emplee su virtud omnipotente en producir unos seres, que se hacen continua guerra, y que necesitan para vivir la destrucción de otros. ¡Vana objeción! Si este argumento tuviera algún valor, echaría por tierra la creación del mundo inorgánico, y haría triunfante la causa del ateísmo. Vemos, en efecto, que los seres inorgánicos no ejercen de ordinario sus acciones, sino atacando con la eficacia de su virtud á las substancias que les rodean, para asimilarlas y acomodárselas en la manera más conveniente á su propia naturaleza. ¿Qué hace el fuego en un combustible para imprimirle su propia forma? ¿Qué efecto producen en los seres inorgánicos las combinaciones químicas. Dios, por consiguiente, al crearlos, ha introducido en ellos la guerra. Aplicando, pues, el argumento, no será creador de estos seres, porque subsiste el mismo inconveniente. Triunfa el ateísmo. Lo que hay es que Dios creó estos y los demás seres del mundo orgánico, para que todos ellos, cada uno con la virtud propia de su específica naturaleza, conspirasen armónicamente al fin universal de la creación entera. Subordinó sabiamente lo inferior á lo superior, el reino

mineral al vegetal, éste al animal, y por fin, el animal al hombre. Según esto, cada especie debe mantener la vida de sus individuos á expensas de los pertenecientes á las especies inferiores; por eso proveyó el Criador con larga mano gran copia de individuos en cada especie, para que cada una de ellas ofrecióse generosamente la materia de su alimento á las de los órdenes superiores, sin temor de quedar destruída. Aquí no hay guerra, sino subordinación; no hay confusión, sino armonía entre las diversas y múltiples partes de un todo heterogéneo, en que lo inferior debe estar sujeto á lo superior, y prestarles los servicios, que proporcionalmente le correspondan. Estos servicios, natural es, dolerán á los individuos que hayan de ser sacrificados; pero ¿no son también dolorosos en la sociedad humana los sacrificios, que por precisión tienen que hacer en ocasiones sus individuos, para el bien y conservación de la misma, sin embargo de ser el estado social en el hombre una cosa natural é intentada por el mismo Dios? En el mismo cuerpo humano ¿no se mortifican y sacrifican algunos miembros, cuando así lo exige la salvación de la vida de la persona?

En la doctrina de las creaciones independientes ¿cómo se explica la conformación, sobre un plan común, de la mano del hombre, del pie del perro, del ala del murciélago, y de la paleta de la foca? No es fácil; mientras que, admitido el principio de la *descendencia*, y juntamente la *selección natural*, productora de modificaciones, la explicación es tan sencii-

lla como satisfactoria. Para Darwin este argumento es concluyente: Veámoslo.

Que hay homología en tales miembros es indudable; pero esto se debe á la causa final de cada uno, aunque el famoso inglés se ría, por no entenderla, de la doctrina de las causas finales. Si después de contemplar con detenimiento la maquinaria de un reloj, lo retiro de mi vista, y digo con aplomo á los que me rodean, que las ruedas están colocadas de cierto modo y no de otro, porque así lo ha querido libérrimamente el relojero, proferiría un solemne disparate, digno de ser recibido con una no menos solemne carcajada. El relojero será libre en construir ó no el reloj; pero decidido á construirlo, no es libre en introducir en él las piezas que se le antojen, ni en prescindir de otras absolutamente necesarias para la consecución de su intento; sino que para la realización de su plan, por fuerza se ha de acomodar á las leyes mecánicas, á que se halla sujeta la materia de su artefacto por disposición de la misma naturaleza. Si se conforma perfectamente, perfecta será la obra; si no lo hace así, será tanto menos perfecta, cuanto menor sea la conformidad; y no será reloj, perfecto ni imperfecto, si no hace caso, y prescinde enteramente de tales leyes. De donde se sigue que la explicación razonada, que se haga sobre las piezas de un reloj, siguiendo la doctrina de las causas finales, no solo tiene carácter científico, sino que es la *única* científica, que puede darse sobre tal artefacto; porque en substancia no se

hace con ella otra cosa, que resolver un caso particular de la mecánica aplicada. Ahora bien: el Supremo Artífice en la construcción de sus artefactos tiene también que observar las reglas prescritas de su eterna sabiduría, sin que pueda faltar á ellas, siendo prudentísimo, como es, en cuantas acciones libres ejecuta, y poseyendo la ciencia y el poder para ejecutar cuanto conviene á la realización de sus planes. Puede obrar ó no obrar, esto ó aquello, con plenísima libertad; pero en la manera de realizar su intento, se acomodará á las leyes del arte divino, que se fundan en último término, no en su libre voluntad, sino en su soberana esencia, fuente y manantial inagotable de todas las esencias particulares. Dícenle estas reglas que en la producción de los organismos se han de observar las leyes mecánicas, á que por su naturaleza están sujetos todos los cuerpos, aún orgánicos, que no dejan de ser substancias materiales, sujetas por ende á las leyes físicas y materiales que rigen la gran máquina del universo. Por tanto, en la construcción de las máquinas vivientes el Soberano Artífice obra en conformidad con las leyes de la mecánica, al modo que el artista humano en la fabricación de las suyas meramente inertes; luego, si procedemos científicamente, examinando las obras del arte humano, según las leyes dichas, también seguiremos un método racional y científico, juzgando de las obras divinas, guiados por las mismas leyes. No la unidad de plan, que dice Darwin, sino la necesidad mecánica,

es la causa de la homología, y de la distinción de los referidos miembros.

Las manos en el hombre son instrumentos de sola aprehensión, en el perro de aprehensión y de locomoción, en la foca de aprehensión y de natación, y en el murciélago de aprehensión, de locomoción y, más que todo, de vuelo. Como en todos están destinadas á ejecutar movimientos, en todos deben tener las condiciones generales, que para ese fin exige la mecánica; de aquí la homología. Pero, como en cada uno de ellos los movimientos habían de ser específicamente distintos, la conformación interna de los órganos motores tenía que ser específicamente diversa, como lo es. El reloj de pared y el de bolsillo se asemejan y se distinguen, y ambas cosas son exigidas por la mecánica. ¿Hay necesidad de que el uno proceda del otro, ó los dos de un tercero, más antiguo y distinto de ambos?

Replican. Así como Dios ha concentrado la vida del hombre en un embrión, que no llega á su perfecto y completo desarrollo, sino después de sufrir una série de variaciones, que le modifican profundamente de día en día, disponiendo ese curso progresivo para que pase por todas las etapas, antes de llegar á su perfección total, ¿no podrá igualmente asegurarse que el hombre, antes de llegar al grado de perfección que hoy admiramos en él, vivió en épocas lejanas, confundido con los gusanos, con los peces, con los mamíferos terrestres y con los monos? —Pero ¿acaso el embrión en el camino que recorre

dentro del útero materno, desde la concepción hasta su total desarrollo, tiene algo de esas formas propiamente tales, que se dicen haber caracterizado á sus ascendientes en la carrera de los siglos? Lo único que en él se observa es cierta semejanza, en general, con cada una de ellas; lo cual se explica, teniendo en cuenta que la virtud plástica de la naturaleza siempre obra paulatinamente, por grados, pasando de lo menos perfecto á lo más perfecto; pero esto no obsta, para que desde sus mismos principios cada organismo se muestre perfectamente distinto de los demás, y con los caracteres de su propia especie. El escultor toma un leño, y comienza á fabricar la estatua de un santo. Si desde los primeros trabajos del artista frecuentamos su taller, y observamos atentos los diversos periodos de la transformación del leño, no dejará de *traernos á la memoria*, por cierta especie de semejanza que tiene con ellas, las formas de varios seres inferiores. ¿Se dirá por eso que el leño pasa sucesivamente por las fases correspondientes á las formas definitivas de esos animales inferiores? Frédault dice á este propósito: «Numerosos trabajos sobre el desarrollo del gérmen han demostrado, que se habían tomado las apariencias por la realidad, y que la imaginación había compuesto una verdadera novela. Queda probado que, si en ciertas épocas de su evolución el gérmen humano parece desde lejos un gusano ó un renacuajo, son semejanzas muy remotas; y que es preciso juzgar en este punto, lo que se juzgaría de un hombre,

que fijando la vista en las nubes, dijese que divisaba los palacios, los jardines de Armida, caballeros, ejércitos y cuanto puede concebir una imaginación muy ardiente.» El conocimiento incompleto de los hechos es el que ha dado origen á una aserción tan absurda, según Agassiz. No se puede negar que hay cierta semejanza entre los animales jóvenes de un orden superior, y los adultos de los tipos inferiores; esta no es tanta que llegue al grado á donde la pretenden levantar ciertos transformistas. Toda ella está reducida á que los primeros poseen transitoriamente, en algún miembro determinado, una cierta propiedad que en los segundos es fija y permanente... Mas aunque las fases del embrión correspondieran verdaderamente á ciertas formas definitivas, que se hallan en algunos animales inferiores, ¿habría derecho para inferir de aquí la doctrina de la evolución, imaginada por los transformistas? ¿No podría el tal fenómeno ser efecto de la virtud propia y peculiar de las semillas, dispuestas de este modo por la voluntad omnipotente, para que así cada generación de un orden superior fuese como un trasunto de las varias generaciones practicadas en los órdenes inferiores?

Hay en algunos animales, y en el mismo hombre, dicen, órganos rudimentarios ó inútiles, que en otro tiempo estuvieron desarrollados y en ejercicio; pero que, mediante la *selección natural*, se han ido transformando lentamente y por grados; tales son las últimas vértebras de la columna dorsal y las orejas, que denotan, á no dudarlo, que nuestros ascendien-

tes poseyeron cola y orejas movibles como los monos. Son residuos, hoy inútiles, de otra organización.

Porque nosotros no conocemos la causa final de un miembro, ¿podremos deducir lógicamente que es inútil? ¿No puede muy bien ser para ornato, ó constituir parte integrante de la simetría universal? Además; por lo que conocemos bien de la naturaleza, podemos conjeturar lo que no conocemos, y decir que nada absolutamente hay en ella de superfluo, ó destituido de función propia. Las obras de Dios, con su orden admirable y universal, nos predicán que la naturaleza, nada de cuanto ejecuta hace en vano. Nuestra flaca inteligencia, la falta de observación, ú otra causa por el estilo, nos impedirán conocer el fin propio de algunas cosas; pero guardémosnos de apellidarlas superfluas. ¿Cuántas cosas hay en animales y plantas, que se reputaron inútiles durante mucho tiempo, y hoy se reconocen como muy útiles, y hasta necesarias, al ser que las posee? Los naturalistas han demostrado esta aserción con atinadas reflexiones. Dice á este propósito muy bien el gran Padre San Agustín: *Si un ignorante entra en el taller de un artista, verá muchos instrumentos cuyo destino ignora; y si es muy necio, no tendrá dificultad en afirmar que son inútiles, y hasta los calificará de perjudiciales, si por su torpeza recibe con ellos alguna lesión; pero el artífice, que conoce bien el uso y destino de los mismos, se reirá de la necesidad del visitante. Así sucede en la gran fábrica del universo con ciertos hombres (los darwinistas por de contado), que se atreven á reprender muchas cosas, y llamarlas superfluida-*



*des, partes rudimentarias y restos de otra estructura, sin tener más fundamento para ello que la ignorancia en que están acerca de sus causas finales» (1).*

Y lo que en nosotros es hoy rudimentario ¿cómo adquirió el estado de desarrollo y perfección en nuestros antecesores? Hoy ni tenemos cola (tampoco nos hace falta), ni orejas puntiagudas, ¿cómo, y por qué las adquirieron nuestros progenitores? Por la selección natural, contesta Darwin, que se las fué fabricando lentamente en el curso de los siglos; aquella, para que se defendiese de los insectos, y éstas, para que sintiesen los ruidos exteriores. Pero como debieron pasar muchos años en la operación referida, claro es que en todo este tiempo nuestros *pobres abuelos* ni sentirían los ruidos externos, ni se librarian de los insectos, porque no les servirían para el caso, y serían trastos inútiles, lo mismo su cola, que sus orejas. Semejantes sabios dan á veces con su sabiduría en tan mayúsculos disparates, que ni los más auténticos necios los cometieran mayores. Hay además en esta argumentación *petición de principio*; porque dan por supuesto lo mismo que se trata de probar, que el hombre tiene su origen en un animal de diferente especie, y con cola.

Rechacemos, pues, con indignación y repugnancia una doctrina impía é injuriosa á Dios; depresiva y denigrante al hombre; opuesta á la Sagrada Escritura; desconocida á la tradición; tan contraria á los principios de la sana filosofía, como á los de la teología; desechada y refutada por los sabios más

(1) *In 1 super Genes. cont. Manic. c. 16.*

eminentes; en abierta contradicción con los experimentos y observaciones de los naturalistas más ilustres; basada en un falso fundamento; apoyada en argumentos que nada prueban; explicada y ornamentada con aderezos, ingeniosos sí, pero falsos; y únicamente abrazada por panteístas, ateos y materialistas, á cuya vida materializada y corrompida se adapta perfectamente la famosa teoría. No queramos descender del pedestal en que á Dios plugo colocarnos; no queramos rasgar los títulos nobiliarios de la familia humana, otorgados por el mismo Criador; no nos rebajemos á la humilde y vergonzosa condición de los jumentos; reconozcamos más bien y confesemos, como lo reconocen y lo confiesan el libro de la revelación y el de la naturaleza, los Padres y los filósofos, los teólogos y los naturalistas, que el hombre procede inmediatamente de Dios, y que la hipótesis de la variabilidad indefinida, como dice el profesor Faivre, no se legitima, ni por su principio, que es una conjetura, ni por sus deducciones, que en ninguna manera confirma la realidad, ni por sus demostraciones directas, que apenas llegan á verosimilitudes, ni por estas dos consecuencias extremas, que la ciencia y la dignidad humana nos prohíben aceptar, á saber: la generación espontánea, y el parentesco íntimo y degradante del hombre con el bruto» (1).

HE DICHO.

---

(1) La variabilidad de las especies y sus límites.

# ERRATAS.



Página.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
3	15	Si la	Si lo
5	8	el gran	un gran
7	12	Dios Todopoderoso	Dios Padre Todopoderoso
10	19	conocido	concilio
"	21	<i>ad finem</i>	<i>ad fidem</i>
"	30	<i>præoculis</i>	<i>præ oculis</i>
11	12	Neeldham	<i>Neeldham</i>
14	12	amparar	comparar
16	28	<i>social</i>	<i>sexual</i>
17	22	Un gubio, una	un gubio una
"	"	topo, un elefante	topo un elefante
"	23	murciélago, un	murciélago un
22	25	erigidas	dirigidas
25	24	el Señor al	al Señor el
27	5	anima	animal
30	4	<i>immediate</i>	<i>immediate</i>
"	9	id.	id.
"	11	id.	id.
36	5	le	la
37	15	figura	fijeza
44	11	dejándoles	no dejándoles
50	15	varias	tales
53	13	Lyel	Lyell
59	27	Etam	Elam
61	13	Por el fin	Por fin
"	23	<i>manera</i>	<i>monera</i>
62	10	Etam	Elam
"	27	protoplasmo	protoplasma
63	5	por otra	por otra guardare
"	24	por el Artífice	por el divino Artífice
68	4	le	les
70	8	genérico	genético
71	11	es mucho	mucho
"	16	de las partes	bórrrense
72	6	se diferencia	se diferencia del de los monos
"	12	á las	á la
75	1	<i>yuistitis</i>	y <i>ustitis</i>
79	4	destinados	destinado
81	1	desarrollada	desarrollado
82	12	prestarles	prestarle
84	4	de	por

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra